10

Pedro Muñoz Seca

El Castillo de los Ultrajes

Juguete cómico

en tres actos, de Bernard Athis,

adaptado a la escena española

SEGUNDA EDICIÓN

Copyright, by P. Muñoz Seca, 1921

SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES

1921

UNIVERSITY OF
ILLINOIS LIBRARY

REMOTE STORAGE

EL CASTILLO DE LOS ULTRAJES

Esta obra es propiedad de sus autores, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se hayan celebrado, o se celebren en adelante, tratados internacionales de propiedad literaria.

Los autores se reservan el derecho de traducción.

Los comisionados y representantes de la *Sociedad de Autores Españoles* son los encargados exclusivamente de conceder o negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Droits de representation, de traduction et de reproduction réservés pour tous les pays, y compris la Suede, la Norvège et la Hôllande.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

[220.1]

El Castillo de los Ultrajes

JUGUETE CÓMICO

EN TRES ACTOS, DE BERNARD ATHIS

ADAPTADO A LA ESCENA ESPAÑOLA

POR

Pedro Muñoz Seca

Estrenado en el TEATRO DE LA COMEDIA
de Madrid, en cuatro actos y con el título de «Floriana»,
el 4 de Diciembre de 1907,
y en tres actos, nuevamente dialogado y con el título actual,
el 24 de Febrero de 1921.

SEGUNDA EDICIÓN

MADRID
IMPRENTA DE LA CORRESPONDENCIA MILITAR
Pasaje de la Alhambra, 1.
TELÉFONO 18-40
1921

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
MERCEDES...	Srta. Redondo.
ELENA...	» Bassó.
VIRGINIA...	» Andrés.
CEFERINA...	Sra. Ariño.
FELICULA...	» Comendador.
NEMESIA...	Srta. Lobo.
ALBERTO...	Sr. Asquerino.
CONSTANTINO...	» Tudela.
PELAEZ...	» León.
LAOCA...	» Roa.
AMBROSIO...	» Gorriz.
GUSTAVO...	» Tordesillas.
RAMIRO...	» Córdoba.
NARCISO...	» Tobías.
SANCHEZ...	» Díaz.
COMANDANTE...	» Terry.

NOTA. *La primera representación de esta obra pagará derechos de estreno, aunque ya se hubiera representado con el título de* Floriana.

ACTO PRIMERO

Salón en casa de Ceferina. Una puerta en el foro y otra en cada lateral. Es de día. Hay en escena una maleta y dos baúles abiertos.

(Está en escena CEFERINA, señora de cincuenta años, atando una cajita con una cinta.)

Cef. *(Canturreando.)* Pisa, morena,
pisa con gracia...
¿Cómo era esto del pisotón? ¿Era con gracia?... No me suena... ¿Dónde guardaré el despertador que no se rompa? *(Se entreabre la puerta del foro y NEMESIA, doméstica de la casa, que trae una cesta con crisantemos, hace esfuerzos para entrar. La puerta, que está obstruída por un baúl, no cede.)* Espera, mujer, que vas a estropear esas flores. ¿No ves que está el mundo obstruyendo la puerta? *(Abre de par en par.)* ¿O es que crees que empujando puedes tú echar el mundo a un lado? ¡Jesús, qué flores tan hermosas! Ponlas aquí sobre la consola. *(Nemesia permanece quieta y alarga el cuello. Entre los dientes trae un sobre.)* ¡Eh! ¿Qué es eso?

Nem. *(Hablando entre dientes.)* Un continente que han traído.

Cef. ¡Un continente! Estás tú fresca. ¡Un continental, cerrila! *(Lo coge.)* Y lo traes de un modo originalísimo; entre los dientes: sistema canino. *(Mientras Nemesia deja las flores, abre el sobre Ceferina.)* ¡Ah! Son los

recortes de la Prensa. ¿Y quién manda esas flores? *(Se acerca y lee la tarjeta que pende de la cesta.)* A la sublime Floriana, S. Cala y S. Canto. ¡Ah!, es de los autores.

Nem. ¿Es hoy por un casual el santo de la señorita Mercedes?

Cef. No, mujer. ¿No saber que anoche se despidió del público de Madrid, después de una brillantísima campaña? ¡Estás en Belén! Toma; da estos dos reales a la persona que ha traído la cesta.

Nem. ¿Y si ya se ha marchao?

Cef. Pues no se los des.

Nem. ¿Y qué hago con el dinero?

Cef. Vamos, déjame en paz; vete; ¡qué pesadez! *(Vase Nemesia refunfuñando.)* ¡Jesús, qué criatura! *(Ojeando los recortes de la Prensa.)* A ver qué dicen los recortes. ¡Ah! Son las notas que Ambrosio envía a los periódicos de provincias preparando nuestra tourné. *(Leyendo.)* «El Castillo de los Ultrajes», la mejor tragedia de Serapio Cala y Serafín Canto, pues todos los críticos están conformes en que de las obras de Cala y Canto, la mejor de todas es este Castillo, pues campea en ella la llama... *(Golpean con los nudillos en la puerta de la derecha.)* Adelante. *(Virginia asoma la cabeza.)* ¡Ah! ¿Eres tú?

Virg. ¿Puedo entrar, tía Ceferina? *(Esta Virginia está muy próxima a cumplir los cuarenta años y es más fea que Bergamín y más tonta que Burgos.)*

Cef. Claro, mujer; no sé a qué viene esa oficiosidad de pedir permiso a todas horas; pareces tonta.

Virg. Como con frecuencia hay actores y...

Cef. Naturalmente; compañeros de mi hija, amigos de mi hija, admiradores de mi hija; no creo que te vayan a comer.

Virg. Ya lo sé; pero no creo, a mi vez, que esa sociedad sea conveniente para una joven.

Cef. ¿Para qué joven?

Virg. Para mí.

Cef. ¡Ah! No; como conservarte... te conservas muy bien; desde que vives con nosotras y comes todos los días, has engordado y estás casi guapa.

Virg. ¡Por Dios, tía!... *(Con cierto rubor.)*

Cef. Aún confío en verte casada. *(Virginia suspira lánguidamente.)* Quién sabe si de este viaje por provincias... resultará algo.

Virg. Con ser a ustedes de alguna utilidad durante él, me daré por satisfecha. ¡Cuánto tengo que agradecer a usted, tía Ceferina! Si usted no me hubiese recogido en su casa, no sé lo que hubiera sido de mí. ¡Sola en el mundo! Expuesta al engaño, a la seducción...

Cef. Sobre todo a la seducción; porque hay hombres capaces de todo, Virginia. *(Virginia vuelve a suspirar lánguidamente. Ceferina sofoca la risa.)* (Es tonta de remate.)

Nem. *(Por el fondo.)* Señora, hay ahí un señor que pregunta por la señorita Mercedes.

Cef. Sí; será Laoca: ese galán que han contratado.

Nem. No, señora; no es Laoca.

Cef. ¡Qué sabes tú! ¿Acaso le conoces?...

Nem. Es que me ha dado una tarjeta y no dice Laoca, sino Alberto Abujero.

Cef. ¡Eh! ¿Pero te ha dado tarjeta, borriquísima? Trae acá. *(Leyendo.)* Alberto Aburejo. *(Muy contenta.)* ¡Dios mío! El antiguo novio de Mercedes. ¡Dile que pase!

Virg. ¿Pero va usted a recibirle estando Mercedes casada?

Cef. ¡Bah! ¿Qué tiene que ver una cosa con la otra? ¡Con lo que se querían! ¡Y después de siete años sin verse! *(A Nemesia.)* ¡Vamos! ¿No te he dicho que le hagas pasar? *(Vase Nemesia por el foro.)* Ya verás qué alegría tan grande va a tener Mercedes. Anda, comunícale la grata nueva; vistiéndose está.

Virg. Sí, señora. (¡Si estuviera el marido en Madrid!)

Cef. Dale estos recortes.

Virg. ¿A quién?... ¡Ah! Sí. *(Toma los recortes de la Prensa y se va por la derecha.)*

Alb. *(Por el fondo, hombre joven y elegante.)* ¡Mi querida doña Ceferina!

Cef. ¡Alberto!

Alb. *(Abrazándola.)* ¡Un abrazo!... ¿Y Mercedes?...

Cef. Buena; muy buena.

Alb. ¡Caramba! Se conserva usted como una rosa. ¡Qué atrocidad! Está usted más joven y más guapa.

Cef. Exagerado.

Alb. ¡Y ni una cana! Veo que se sigue usted tiñendo el pelo de un modo escandaloso. *(Ríen.)*

Cef. Vamos, siéntese y no empiece con sus bromas.

Alb. Como para bromas vengo yo. *(Con seriedad cómica.)* ¡Mala madre!

Cef. ¿Eh? *(Ríe.)*

Alb. Sí; mala madre. Haber consentido que Mercedes, ¡mi adorada Mercedes!, se casara con ese Conde ruso de los demonios, sin acordarse del cariño que mutuamente nos profesábamos. ¡Oh! No lo olvidaré jamás.

Cef. *(Riendo.)* Pero amigo Alberto...

Alb. Y todo por el maldito interés; por ser madre de una Condesa, y de una Condesa rica... Oiga usted, ¿está en Madrid el esquimal?

Cef. ¿Qué esquimal?

Alb. El Conde.

Cef. ¡Quiá! Está en Rusia.

Alb. Claro. ¡También yo soy tonto! ¿Dónde iba a estar ese frescales? Porque hace falta ser fresco para casarse con una actriz y permitir que continúe trabajando...

Cef. Poco a poco, Alberto; el Conde de Kolbansow ignora que su esposa sea y haya sido actriz.

Alb. ¿Que lo ignora?

Cef. Cuando se enamoró de ella en una de nuestras paradas, le vimos tan decidido a casarse que creímos prudente ocultarle ese detalle por si acaso se enfriaba.

Alb. ¡Que iba a enfriarse un ruso!...

Cef. Y como Mercedes había adoptado el nombre de Floriana para figurar en los carteles...

Alb. El Conde ignora que Mercedes y Floriana son una misma persona.

Cef. Claro, y como ahora no puede descubrir el engaño, porque está desterrado de España...

Alb. ¿Desterrado? ¡Caramba! ¿Qué me está usted diciendo, doña Ceferina? Si esto parece cosa de novela. ¿Y qué ha hecho ese hombre?

Cef. A derechas no lo sé; una conspiración, un espionaje descubierto, qué sé yo; lo cierto es que fué detenido y procesado, y que por último le impusieron esa pena.

Alb. ¿Pero antes de casarse?

Cef. No, hijo mío, después; a los seis meses de casado. Si eso ha sido lo terrible. ¡Ah! No sabe usted cuánto he padecido. Mi pobre hija ha sufrido las consecuencias del destierro y ha permanecido en Rusia durante seis años. ¡Seis años separada de mí!

Alb. Válgame Dios.

Cef. Y que cuantas combinaciones ideé para hacerla volver a España me fracasaron ruidosamente. Si no hubiera sido por Ambrosio...

Alb. ¿Qué Ambrosio es ese?

Cef. El director del Teatro Bugallal.

Alb. ¡Ah!

Cef. Un antiguo amigo que quiere a Mercedes como si fuera su hija

Alb. ¡Quién sabe!

Cef. ¿Eh?

Alb. Digo que acaso yo le conozca. ¿Y qué hizo ese Ambrosio?

Cef. Para librarse de la bancarrota, porque a su teatro no iban ni siquiera las familias de los acomodadores, ideó la reprise de «El Castillo de los Ultrajes». Aquella tragedia que estrenó Mercedes hace siete años con tanto éxito.

Alb. Sí, me acuerdo; ¿cómo no me he de acordar? Una obra muy interesante, pero con unos versos muy ripiosos. Como que los autores inventaban títulos y apellidos para terminar las quintillas. ¡Anda! Me parece oír a Mercedes cuando decía: *(Declamando.)*

De estas sombras que me envuelven
quiero que cese el capuz;
venid, Condesa de Ruelven,
que agora Lucio y Teluelven
traerán a la estancia luz.

¡Para matarlos!

Cef. Bueno, pues Ambrosio deseó que Mercedes reapareciera con la reprise de esa obra, que no había vuelto a hacerse durante estos años; vino a verme, me hizo proposiciones, y yo, la verdad, las transmití a Mecedes, creyendo que era perder el tiempo; pero mi hija sintió renacer en su espíritu la llamarada del arte y me mandó decir por telégrafo que fingiese una grave enfermedad que no fuese contagiosa, pues sólo de esa manera creía posible satisfacer mis deseos y los de Ambrosio.

Alb. ¡Magnífico! ¿Y usted?...

Cef. Aquel mismo día me sentí atacada de una enfermedad nerviosa tan horrenda, que llevo ya tres meses en cama. *(Ríe.)*

Alb. ¡Portentoso! Y lo que más me satisface es la consideración de que a juzgar por todo esto...

Cef. ¿Eh?

Alb. Nada; que a Mercedes debe importarle bastante poco su marido.

Cef. Todo lo contrario. Está enamoradísima de él. Diariamente le escribe dándole cuenta de mi gravísima enfermedad, y le llena de ternezas dos o tres plieguecillos: «monín, riquín, preciosín»...

Merc. *(Dentro.)* ¡Mamá!

Cef. Ahí la tiene usted.

Alb. *(Levantándose.)* ¡Gracias a Dios!

Merc. *(Por la derecha.)* ¡Alberto!

Alb. *(Abrazándola.)* ¡Mercedes!

Merc. ¡Siete años sin vernos!

Alb. *(Contemplándola entusiasmado.)* ¡Y qué linda huella han dejado en ti!

Merc. ¡Qué sorpresa tan agradable! ¡El simpático Alberto! *(Advirtiendo sobre la consola la cesta de flores.)* ¡Hola! Y noto que sigues tan galante como siempre. ¡Qué hermosos crisantemos! *(Se acerca y los mira.)* No has olvidado que son mis flores favoritas.

Alb. *(Algo confuso.)* Sí, no; es decir... no... no son las mías. Las mías las recibirás un poco más tarde.

Merc. *(Leyendo la tarjeta.)* ¡Ah! Es regalo de los autores. *(Leyendo.)* ¡Sublime! Nada menos que sublime.

Cef. Bueno; aquí dejo a ustedes; voy a terminar el equipaje, porque no hay mucho tiempo que perder. *(Vase.)* Dónde demonios pondré este reloj que no se rompa

Merc. Conque vamos a ver, querido Alberto; cuéntame algo, qué es de tu vida, qué ha sido de ti durante tanto tiempo.

Alb. Tú eres la que tendrás mil cosas que contar; has estado en Rusia seis años.

Merc. ¡Ay, qué seis años, Alberto! ¡Qué aburrimiento tan espantoso! Privada de mi vida, de mis aficiones, de mis gustos. Era demasiado. Mi marido me quiere mucho, es verdad; es muy bueno conmigo, merece todo mi cariño y toda mi consideración; pero créeme, de se-

guir allí me hubiera muerto de hastío, de nostalgia. Comprendo que lo que ahora hago no está bien hecho, pero... puesto que no ha de enterarse, viviré estos días la vida que me entusiasma, que me seduce, y recobraré fuerzas para resistir luego con más energías el aburrimiento aplastante del hogar.

Alb. De manera que en todo el transcurso de seis años nos has hecho más que aburrirte y aprender el ruso.

Merc. Quiá, ni aun eso; soy muy torpe para las lenguas; mi marido es el que ha aprendido el español, pero con una particularidad que me hace reir muchísimo; figúrate que para ejercitarse ha leído muchas obras españolas, pero obras antiquísimas, no sé de qué siglos, y resulta que habla un castellano tan extravagante que hace reir. *(Alberto ríe.)*

Alb. ¡Qué suerte ha tenido ese demonio de Conde!

Merc. ¿Por qué?

Alb. Porque... ¡Mira que estás bonita!

Merc. ¡Chist! Se acabaron los piropos, y vete acostumbrando a no tutearme: soy una mujer casada.

Alb. ¡Casada! ¡Cada vez que lo pienso!... *(Se sientan.)*

Merc. Mucha formalidad, ¿eh?

Alb. ¿Te acuerdas de cuando éramos novios?

Merc. ¡Qué chiquillada!

Alb. Verdad; tú no eras más que eso: una chiquilla; yo un idiota, un imbécil.

Merc. Veo que te lo dices todo.

Alb. Si ese condenado ruso no se hubiera interpuesto en nuestro camino, acaso ahora seríamos felices; pero el interés... ¡El maldito interés!... ¡Qué asco de vida!

Merc. Bueno, mira, no te pongas pelma. Doblemos la hoja y hablemos de ti ¿Te has casado?

Alb. *(Después de un gran esfuerzo.)* Sí.

Merc. ¿Enamorado?... ¿Un matrimonio de amor?

Alb. *(Como antes.)* ¡No!

Merc. ¿De dinero?

Alb. Me he casado con un cortijo que produce doce mil duros de renta.

Merc. ¿Estás viendo? Has hecho bien, hombre. La vida está muy cara y hay que defenderse. Escucha; ¿qué tal es tu mujer? *(Alberto calla.)*

¿Es bonita?... *(Alberto silba.)* ¿Es... agradable?

Alb. Es... un sargento de Artillería, con cañón y todo.

Merc. ¡Jesús! ¿Y te quiere?

Alb. *(Tristemente.)* ¡Sí, hija, sí! ¡Me quiere! Eso es lo horroroso; me quiere con locura. Para verme libre de ella, apelo a todos los recursos. ¡Qué días paso, Mecedes! ¡Y si siempre fuera de día!...

Merc. Escucha. ¿Sigues trabajando como abogado?

Alb. No; he cometido la estupidez de ingresar en la carrera judicial: soy juez.

Merc. *(Riendo.)* ¿Tú?

Alb. ¡Figúrate! No sirvo para eso. Yo hubiera renunciado a la carrera hace tiempo, porque con la renta del cortijo tenemos sobradamente para vivir; pero a mi esposa le entusiasma la idea de ser jueza y no hay manera de contrádecirla. Entre ella y los procesos me estoy dando una vidita en Albacete...

Merc. ¡Cómo! ¿Pero es en Albacete donde estás? Pues mañana trabajamos allí.

Alb. Sí; lo sabía; los periódicos de allá han anunciado la tourné, y por ellos he sabido tu vuelta al teatro. Desde el día que lo supe no he pensado más que en venir a verte. He pasado ocho días combinando un asunto de servicio para venir a Madrid sin Felícula.

Merc. ¿Cómo dices? ¿Se llama Felícula tu?...

Alb. Sí; mi sargento se llama Felícula. ¡Mira que el nombrecito!... No tienes idea de los equilibrios que he tenido que hacer para venir sin ella, porque es celosísima y desconfía de mí siempre.

Merc. Con haber esperado allá...

Alb. No; yo quería verte a solas. *(Tomándole una mano.)* Como ahora estamos, sin que nadie nos moleste...

Nem. *(Por el fondo.)* No es nadie, soy yo.

Merc. ¿Qué quieres?

Nem. Yo, nada, señorita.

Merc. Entonces...

Nem. Es que hay ahí un señor que desea pasar.

Merc. ¡Ah! Será Laoca.

Nem. No, señorita; no es Laoca, porque me ha dicho que se llama... ¡Anda, ya se me ha olvidao! Y eso que me dijo ¿quiere usted que se

lo apunte? Y le dije yo, ¿para qué?; de aquí allá ¿se me va a olvidar un apellido tan corriente como el de Peláez? Y ya ve usté, se me ha olvidao.

Alb. ¡Cómo! ¿Pero está ahí Peláez? ¿Un señor bajito?...

Merc. ¿Le conoces tú?

Alb. Ya lo creo. Es a mí a quien busca. Ahora te explicaré. *(A Nemesia.)* Diga a ese señor que aguarde un momento. *(Nemesia se va por el fondo.)* Nada, no me engañé; era el mismo que vi en aquel vagón de tercera. Me ha seguido los pasos. Creerá que vivo aquí...

Merc. ¿Pero quién es ese Peláez, tú?

Alb. Un tipo muy gracioso; un señor de Albacete, a quien hice un favor inmenso. El pobre estaba procesado como autor de un delito que no había cometido; todos los detalles le comprometían, todo le acusaba, cualquiera le hubiera creído autor de aquel crimen.

Merc. ¡Jesús!

Alb. Yo tuve la habilidad de desenrollar la madeja y de encontrar al verdadero culpable y de poner en libertad a ese pobre hombre, pero más valiera no haberlo hecho.

Merc. ¿Por qué?

Alb. Porque no me deja vivir. Es un exaltado, un neurasténico, un loco que me ha jurado gratitud eterna, y me asedia, me persigue con la constante manía de hacerme favores a todas horas.

Merc. ¡Tiene gracia!

Alb. ¡Qué ha de tener gracia, caramba, si no sé cómo quitármelo de encima! Es un tabardillo, un moscón, un catarro crónico, ¡un demonio! Y nada, que dice que no cesa hasta que yo le pida un favor grande, muy grande *(Mercedes ríe.)* Y la verdad, no sé qué pedirle; no encuentro asunto.

Merc. Yo tengo uno magnífico.

Alb. ¿Tú? ¿Es de veras?

Merc. *(Riendo.)* No; eso sería ya demasiado duro.

Alb. Quiá; sea lo que sea, cuanto más peligroso, cuanto más difícil, mejor; hay que pedirle un imposible.

Merc. ¿Es soltero?

Alb. Y enemigo del matrimonio.

Merc. Entonces no hay más que hablar; pídele que se case con Virginia.

Alb. ¿Con Virginia? ¿Y quién es Virginia?

Merc. Mi prima; una muchacha a quien aprecio mucho y a la que deseo ver casada cuanto antes.

Alb. Pues ve pensando en el regalo.

Merc. ¿Crees tú?

Alb. Peláez se casa con ella.

Merc. Apuesto algo a que no.

Alb. No apuestes, porque perderás; tú no conoces a Peláez.

Merc. Pero es que tú no conoces a Virginia.

Alb. Sea como sea, te garantizo que carga con ella; vas a oirlo de sus propios labios; espera. *(Hace mutis por el fondo.)*

Merc. *(Dirigiéndose a la puerta de la izquierda.)* ¡Mamá! ¡Mamá! ¿Pero todavía andas con el reloj en la mano?

Cef. *(Entrando.)* ¿Qué sucede?

Merc. Lo más extraordinario que puedes imaginarte; que vamos a casar a Virginia.

Cef. ¿Eh? ¿Con quién, hija?

Merc. Con un amigo de Alberto.

Cef. ¿Es ciego?

Merc. Es un hombre decidido a todo. Ya te contaré; anda, di a Virginia que venga. ¡Ah! Que se arregle un poco.

Cef. ¿Para qué, si con azúcar está peor?

Merc. Bueno, corre; no te detengas.

Cef. *(Haciendo mutis por la derecha.)* ¡Quiá! No es posible. Por mucha que sea su decisión, en cuanto la vea se tira por el hueco de la escalera. *(Vase.)*

Alb. *(Por el fondo.)* Pase usted, amigo Peláez. *(Entra Peláez; un hombre como de cuarenta y cinco años, ridículo hasta la exageración y con cara de santo. Viste con pulcritud. Siempre que mira a Alberto, le mira con tierna adoración, con enamoramiento celeste.)* El señor Peláez, de quien he tenido el gusto de hablarte hace un momento..

Peláez Señora... *(Saludos.)*

Merc. Ya por Alberto he sabido...

Peláez *(Interrumpiéndola.)* Algo, habrá usted sabido algo, pero no todo, señora. ¡Ah! Todo no lo cuenta; la modestia del señor Aburejo es tan grande como su bondad. *(Le mira.)* Pero

aquí estoy yo para contar a gritos lo que ha hecho por mí. Escuche usted.

Alb. Pero hombre, si ya le he relatado yo...

Peláez *(Sin dejarle hablar.)* No; don Alberto, no. Usted es santo y es modesto; usted no ha contado los hechos tal y como acaecieron. Mire usted, señora; un hombre amaneció cosido...

Alb. ¡Amigo Peláez!

Peláez Un hombre amaneció cosido...

Alb. Haga usted el favor de callar.

Peláez No puedo. Un hombre amaneció cosido a puñaladas, y ese hombre era criado mío. Como días antes...

Alb. *(Atajándole.)* Señor Peláez; ha llegado el momento que usted deseaba tanto.

Peláez ¿Eh?

Alb. Tengo que pedir a usted un favor grandísimo.

Peláez *(Temblando de emoción.)* ¿Un favor? ¡Gracias, Dios mío! ¡Gracias, San Erre Nonnato! ¡Pronto, cuál, diga usted!

Alb. Es preciso que se case usted con la persona que voy a presentarle dentro de unos minutos.

Peláez No.

Alb. ¿Eh?

Peláez Yo quiero que me pida usted algo más grande, algo más difícil, don Alberto; esto de casarse no ofrece dificultad ninguna.

Merc. Es que la persona a quien alude el señor Aburejo, reune ciertas condiciones que a primera vista...

Peláez ¡Ah! Eso ya es otra cosa. Entonces...

Merc. No es joven.

Peláez Mejor.

Merc. Además, no es bonita.

Peláez Es que si lo fuera rehusaría, señora. Necesito que sea fea, muy fea, de una fealdad horrenda.

Merc. Lo es.

Peláez *(A Alberto.)* ¿Será cierto?

Alb. Hombre, yo no iba a proponerle a usted un enlace ventajoso.

Peláez Es verdad. Es usted un santo. ¿Dónde está esa mujer?

Merc. Hela aquí. *(Virginia entra por la derecha y se detiene ruborizada. Peláez al verla no puede reprimir un movimiento de asombro. Alberto sofoca la risa.)*

Virg. *(Aparte a Mercedes.)* ¿Cuál es?

Merc. *(Por Peláez.)* Aquel bajito.

Virg. ¡Oh, qué Adonis!...

Peláez *(A Alberto, disimuladamente.)* Gracias, don Alberto, gracias.

Merc. Señor Peláez, permítame que le presente a mi prima Virginia. *(Peláez se acerca a Virginia y la estrecha la mano, contemplándola al mismo tiempo horrorizado.)*

Virg. ¡Caballero!...

Peláez *(Separándose de ella.)* (Me he quedado sin habla.) *(Se dirige a Alberto y le estrecha la mano efusivamente.)* ¡Señor Aburejo!... ¡Una sola palabra!... ¡¡¡Gracias!!! *(A Mercedes.)* ¡Gracias también, señora! *(Se seca una lágrima.)*

Virg. (Da las gracias a todos. ¡Y se conmueve! ¡Cuánto debo haberle gustado!)

Peláez *(En un arranque.)* ¿A quién debo pedir la mano de esta señorita?

Virg. *(Como la grana.)* ¡Dios mío!

Peláez Quiero que si ella me acepta gustosa, la boda se celebre en seguida. ¡Oh! ¡Qué felicidad, si pudiera realizar mi sueño; casarnos en Albacete, en la misma ciudad donde el más digno de los jueces se sirvió hacerme el más señalado de los favores!

Virg. Caballero... esta prisa... Aunque mucho me satisface... comprenderá usted que un paso de tanta trascendencia...

Peláez *(Exaltadísimo.)* ¡No! No pida usted aplazamientos, por Dios. En seguida, en seguida; el mal camino... *(Se da un tapaboca. A Alberto, muy apurado.)* ¡Perdón!

Virg. *(Cariñosamente.)* ¡Peláez!... Le llamo por su apellido porque ignoro su nombre.

Peláez Aníbal.

Virg. ¡Oh! Pues bien, Aníbal; no se exalte usted... Compréndame y discúlpeme. Toda señorita, antes de dar un paso como éste... duda. Además, deseo que se convenza usted de ciertos detalles. Usted me encuentra rodeada de artistas, rodeada de gente... inquieta, ligera; puede usted hacer malévolas suposiciones, y no, Aníbal, no; soy digna de usted; llevo y he llevado siempre una existencia tranquila, respetable y pura.

Peláez Lo creo, señorita; hay cosas que el dudarlas

constituye una idiotez. Viendo esa cara, hay que creer en la pureza.

Virg. ¡Gracias!

Peláez Pero he de decirlo muy alto, para que se entere el señor Aburejo. Si en vez de esa pureza tuviera usted que reprocharse de faltas muy graves... Si algún hombre hubiese tenido el atrevimiento de... No... no lo creo posible; ¿verdad que no es posible, señor Aburejo? Pero si hubiese sucedido, también me casaría con usted.

Merc. Nada; no hay más que hablar; concedemos a usted la mano de Virginia, y esta tarde saldremos juntos para Albacete. Ya lo dispondremos todo para que la boda se realice cuanto antes.

Alb. Muy bien, muy bien.

Peláez Entonces, y con el permiso de ustedes, me retiro; puesto que nos vamos esta misma tarde, tengo que hacer varios encargos. Hasta después.

Merc. Pero señor Peláez, ¿no abraza usted a su prometida?

Peláez ¿Eh?

Alb. ¡Claro, hombre!

Peláez ¡Ya lo creo! *(Se dirige a Virginia y la abraza. Vuelve la cabeza y ve que Alberto está distraído sofocando la risa)* (¡No me ha visto!) ¡Eh! Señor Aburejo! Vea usted. *(Vuelve a abrazarla.)*

Virg. *(Derretidísima.)* ¡Peláez!

Peláez *(Abrazándola de nuevo.)* ¡Virginia! Hasta luego. *(A Alberto, a media voz.)* Sabré demostrarle a usted que soy agradecido. Me casaré con esa mujer... y tendremos hijos. *(Vase muy animadamente, mirando a todos con verdadero aire de triunfador.)*

Merc. *(A Virginia.)* ¿Eh? ¿Qué me dices ahora?

Virg. ¡Es mi tipo, el bello ideal de mi vida! Un hombre arrogante, apasionado, entusiasta. ¡Ay, Mercedes! ¡Mercedes!

Merc. Bien; comunica a mamá la buena noticia y déjanos. ¡Ah! Es necesario que salgas y me compres esos encajes y el guardapolvo; ya sabes de qué color le quiero.

Virg. Sí; ahora mismo. *(Haciendo mutis.)* ¡Aníbal! ¡Aníbal! ¡Qué nombre tan dulce y qué dulce ensueño! *(Vase. Ríen los otros.)*

Merc. Déjame que te abrace; gracias a ti, vamos a vernos libres de este parche poroso. *(Se abrazan.)*

Alb. Y gracias a tu ocurrencia, voy yo también a verme libre de ese sinapismo de Peláez.

Nem. *(Por el fondo.)* No es nadie, soy yo.

Merc. ¿Otra vez?

Nem. Ahí está el señor Laoca.

Merc. ¡Ah! Dígale que pase. *(Vase Nemesia.)*

Alb. ¿Quién es ese palmípedo?

Merc. Un galán joven contratado por don Ambrosio para que substituya a González, que se ha marchado a América. El pobre es muy poquita cosa, y como no ha hecho nunca «El Castillo de los Ultrajes», viene a ensayar conmigo.

Laoca *(Por el foro.)* Buenos días, Floriana; ¿llego con retraso? *(Es joven, muy cursi y muy mal vestido, pero se da una importancia loca.)*

Merc. No; aún no ha venido Elena; pero no importa, empezaremos sin ella. Voy a decir a la muchacha que no deje pasar a nadie, excepto a Elena, como es natural.

Laoca Hombre, sí; a ver si podemos ensayar tranquilos, sin tener que soportar la presencia de ninguno de esos peimas que te visitan. Mira, no lo puedo remediar, delante de ellos... *(Advierte la presencia de Alberto y se contiene.)*

Merc. *(Presentándolos.)* El señor Aburejo... Mi compañero Justo Laoca... *(Saludos. Vase Mercedes por el foro.)*

Alb. ¿Y qué papel hace usted en la tragedia? ¿El de Gonzalo?

Laoca No; el de Roberto.

Alb. ¡Oh! Es un papel muy bonito.

Laoca Brutal, algo brutal; no es esa mi cuerda. Mi especialidad son los hombres de mundo; los papeles de joven elegante, de hombre distinguido; donde pueda uno manifestarse tal como es, sin afectaciones, sin esfuerzos. Este Roberto lo pienso modificar mucho, quiero salirme de la rutina. Haré un Roberto nuevo, nada de asperezas, y, sobre todo, pienso vestirlo bien; el vestir bien es mi monomanía.

Alb. ¡Oh! Se ve; sí, señor; se ve *(Entra Mercedes.)*

Merc. ¿Vamos?

Laoca Cuando quieras. *(Suena un timbre.)*

Merc. Han llamado; será Elena.

Alb. Bueno; dejo a ustedes.

Merc. Si quieres despedirte de mamá, ve por aquí.

Alb. Sí.

Merc. ¿Volverás?

Alb. En seguida. Hasta luego. *(Saluda a Laoca y se va por la derecha.)*

Merc. ¿No es Elena?

Laoca *(Entreabriendo la puerta del fondo.)* Es otro pelma que quiere pasar a toda costa.

Merc. Pues mira, ven; aquí nos dejarán en paz. *(Mutis por la izquierda.)*

Laoca Es preferible; delante de gente no doy pie con bola. *(Mutis. Tras una breve pausa entra en escena por el foro, seguida de Constantino, Nemesia.)*

Nem. A mí no tiene usted que faltarme, ¿se entera usted? ¡Vaya con el hombre! A mí me ha dicho la señora que no está para nadie, y cumplo lo que se me manda; con que ya está usted ahuecando.

Const. *(Solemnemente.)* Agora que dentro estamos diréte que soy el Conde de Kolbansow, esposo de la señora e amo de esta casa.

Nem. (¡Dios mío!)

Const. Presto, condúceme al cubículo do mora mi esposa.

Nem. Pero...

Const. ¡Vamos!

Nem. Sí, señor, señorito... (¡Jesús! ¡La que se va a armar!)

Const. ¡Presto he dicho!

Nem. Ya va... por aquí... (¡Malos tiros le den y qué genio tiene!) *(Hacen mutis por la derecha.)*

Laoca *(Entreabriendo la puerta de la izquierda.)* No, ya no hay nadie. *(Entra con Mercedes.)* Podemos trabajar aquí; ahí dentro no hay espacio ni buena luz, y yo para entrar en situación necesito ambas cosas. ¿Empezamos?

Merc. Cuando quieras.

Laoca ¿De manera que tú entras cuando yo termino el monólogo?

Merc. Sí.

Laoca Pues aguarda; voy a decir las dos cuartetas que recuerdo del monólogo para entrar en situación. *(Da un paso atrás, se mesa el cabello y declama muy desentonadamente, mirándose*

el pecho y dándose una de metidos como para tuberculizarse.)

Corazón, fiero alacrán
que aquí muerdes, no me pierdas;
respeta, alacrán, mi afán.
¡No me muerdas! ¡No me muerdas!

Deja libre mi razón,
deja al amor paso franco.
¡¡Cállate o, por Dios, te arranco
de tu sitio, corazón!!
(Se da tal metido que casi se tira.)

Merc. Oye tú, que me parece que exageras.

Laoca Es que... vamos, no sé... Porque cuando lucha uno con un rival, la cosa es más sencilla; pero cuando lucha uno consigo mismo...

Merc. Bueno, vamos a ver, yo entro de pronto.

Laoca Un poquito atrás para enlazar. *(Declamando como antes.)*

Deja libre mi razón,
dando al amor paso franco.
¡Cállate o, por Dios, te arranco
de tu sitio, corazón!
¡Oh, Condesa de Wandría!
¡¡Ustez!!... ¡¡Ustez en Almabra!!...

Merc. Por Dios, Laoca, que el decir ustez hace muy feo.

Laoca Sí; pero es que no estoy todavía metido en situación, y a mí, no estando en situación, que no me exijan sintaxis ni tonterías.

Merc. Bueno; entro. *(Retrocede y avanza un paso, enfática.)*

Laoca ¡Oh, Condesa de Wandría!
¡Ustez!... ¡¡Ustez en Almabra!!...

Merc. Le dije a usteddd que vendría
y le cumplo mi palabra.

Laoca ¡Ah, Condesa!... ¡Cielos! ¡Oh!
¡Ustez!... (¡Y él muerto!... ¡Ay de mí!)

Merc. ¿Tiembla usteddd, Roberto?

Laoca ¡¡No!!

Merc. ¡Sí tiembla; sí tiembla! ¡Sí!

Laoca Y si temblara, imprudente
fuera de amor mi temblor;
que no hay amor más vehemente
que éste mi vehemente amor.

Merc. ¡Callad, Roberto!

Laoca ¡No callo!

Merc. ¡Enmudeced!

Laoca ¡No enmudezco!
Merc. Habed cordura.
Laoca ¡No hayo!
Merc. Ofrecedme aquí.
Laoca ¡No ofrezco!
Merc. ¿Pero qué os pasa?
Laoca ¡Un vapor!
Merc. ¿Estáis loco?
Laoca ¡Por ustez!...
¡Mira a mi perjuro amor
de rodillas y a tus pies!
(Se arrodilla ante Mercedes y le coge una mano.)
Const. *(Por la derecha; al verlos, lanza un grito.)* ¡Cielos!
Merc. *(Estupefacta.)* ¡¡Mi marido!!
Laoca ¡Caray!
Const. Pero...
Merc. *(Corriendo a él y abrazándole.)* ¡Constantino! ¡Esposo mío!
Const. ¡Señora!
Merc. *(A Laoca.)* Caballero, este señor es mi marido; atrévase usted a repetir sus insolencias
Laoca ¿Eh? ¿Yo?
Const. ¡Ah, rufián!
Merc. *(Sujetando a Constantino.)* Déjale; su conducta canallesca no merece más que desprecio.
Const. ¡Voto a bríos! ¡Voto a cribas! ¡Voto a draque!... ¡Cobarde, malandrín! ¡Decid qué fizo!
Laoca (¡Anda Dios, y habla a lo clásico!)
Merc. *(Por Laoca.)* Ese canalla es el tapicero que sirve a mamá. Venía a cobrar una factura, me encontró aquí sola y sin dinero y...
Const. ¡Ah, bellaco, bergante, belitre! Yo sabrede pagalle esa factura para luego matalle. *(Busca nerviosamente en su cartera unos billetes.)*
Merc. *(Aparte a Laoca, muy apurada.)* Di en el teatro que no puedo salir de Madrid esta noche.
Const. *(A Laoca.)* ¡La factura, malsín! ¡Presto, belitre!
Laoca (Caray, me parece que está abusando del clásico.)
Const. ¿No escuchastes, pardiez? Quiero pagalla.
Laoca (No, pues a clásico no me ganas tú a mí.) *(A Constantino enfáticamente.)* No la truje, señor.

Const. ¿Eh?

Laoca A cobralla he venido un porción de veces, ¡vive Dios!; pero, por lo visto, o perdióseme o dejella olvidalla en la consola. Voy a por ella, y os juro, pardiez, que me daréis razón de vuestros insultos.

Const. Afora de aquí, e si non...

Merc. *(Sujetándole.)* ¡Constantino!

Laoca Afora voime. (Vaya un mutis que le voy a hacer.) *(Gallardamente desde la puerta del foro.)* A por ella marcho... ¡Afora voime! *(Vase.)*

Merc. ¡Por Dios, Constantino!

Const. No sé cómo me contuve.

Merc. Olvídalo: hablemos de ti. ¡Qué sorpresa tan agradable, esposo mío!

Const. Me aburría sin vos, y todo helo arrostrado por veros. ¿Y nuestra madre?

Merc. ¡Oh, incapaz, incapaz! ¡Pobrecilla!

Const. Al entrar, una de vuestras servidoras opúsome resistencia...

Merc. Cumplo tus órdenes: no recibo a nadie, no voy a ninguna parte; ya ves, aún no he deshecho parte de mi equipaje.

Const. Sois un ángel, señora.

Merc. Pero tu presencia me indica que te han indultado.

Const. No; mas no temo: la Policía española es mala, nada temo de ella. ¿Nuestra madre permanece en cama?

Merc. Sí; es decir... a lo mejor... en cuanto me separo de ella... ¡como la pobrecita no sabe lo que hace!... Espera... voy a prepararla; no conviene que te vea sin previa preparación; las sorpresas le hacen un daño horrible, espantoso. Una emoción fuerte podría costarle la vida. *(Se oye cantar dentro a Ceferina el Relicario.)*

Const. ¡Ella!

Merc. Se... se ha levantado. ¿No lo dije?

Const. ¿E canta?

Merc. Así le empiezan los ataques. (¡Dios mío!) *(Entra Ceferina por la izquierda. Trae el paquete del reloj.)* *(Corriendo hacia ella y pellizcándola.)* ¿Otra vez te has levantado?

Cef. ¡¡Bestia!!

Const. ¿Eh?

Cef. *(Al verle.)* ¡Dios mío! ¡Ay! *(Se le cae de las manos el paquete y empieza a sonar el despertador.)* ¡¡Ay!!

Merc. ¡El ataque! *(Ceferina cae accidentada sobre el sofá. Entre Constantino y Mercedes la sujetan.)*

Const. ¡Señora! *(Ceferina forcejea.)* ¡Cielos! Más que ataque es carga de cosacos.

Cef. *(Aparte a Mercedes.)* ¡El despertador!... Que le vas a dar con el pie.

Const. ¿Qué timbre suena?

Merc. Es el reloj

Const. *(Dándole un puntapié al reloj y haciéndole trizas.)* ¡Dioses!

Cef. (¡Animal!)

Nem. *(Por el fondo.)* ¿Pasa algo, señorita?

Const. Presto el cirujano. Buscad al cirujano.

Nem. ¿Eh?

Merc. Al médico, mujer.

Nem. ¿A qué médico?

Merc. Al que viene todos los días.

Nem. ¿Cómo?

Merc. Al que viene todos los días, criatura.

Nem. ¿Pero?...

Merc. ¡Jesús! Parece que estás todavía en El Escorial. ¡Anda! Vete. Déjanos; ya se le va pasando; no hace falta.

Nem. Está bien. (¡Valiente gente!) *(Vase por el foro refunfuñando, como siempre.)*

Const. Parece que torna a la razón.

Merc. Sí; el ataque ha sido muy benigno.

Const. ¿Y vos sola podéis sujetalla?

Merc. No; me ayuda siempre Virginia; esa prima mía que tú aún no conoces. La pobre es muy servicial. No tardará en volver; ha salido a hacerme unos encargos. *(Ceferina suspira.)* Vamos, ya pasó; ya abre los ojos.

Cef. ¿Eres tú, Mercedes?

Merc. Sí; alégrate: una persona a quien tú quieres muchísimo está aquí también.

Cef. ¡¡Constantino!!

Merc. Has acertado: míralo.

Const. ¡Señora!

Cef. ¡Ah! *(Se abrazan.)*

Nem. *(Por el fondo.)* Señorita.

Merc. *(Bajo, a Nemesia.)* ¿Quién es?

Nem. Don Ambrosio.

Merc. Dile que no entre; que espere un momento.

(Vase Nemesia.) Mamá, tienes que acostarte en seguida.

Cef. ¿Otra vez?

Merc. Anda, Constantino, acompáñala a su cuarto; es preciso: a ti te obedecerá con más gusto.

Const. Vamos, señora; en el lecho hallaréis consolación para vuestro mal. *(Le ofrece el brazo.)*

Cef. (Ahora sí que nos hemos caído.) *(Hacen mutis por la segunda izquierda.)*

Merc. *(Llamando quedito desde la puerta del fondo.)* Don Ambrosio.

Amb. *(Entrando. Es un hombre de cincuenta años.)* ¿Pero qué es esto? ¿Qué pasa? ¿Es cierto lo que me hà dicho Laoca?

Merc. Desgraciadamente, don Ambrosio. No puedo salir a provincias con ustedes; busque usted quien me substituyá.

Amb. ¡Imposible! La base de la combinación eres tú: sin ti no hay negocio ni èn Albacete ni en ninguna parte.

Merc. Pues yo no puedo marchar con ustedes.

Amb. Ya lo creo que puedes, hijita; tú has firmado un contrato y lo cumples: el sindicato te obligará a ello.

Merc. Pero...

Amb. Además, que en Albacete están ya tirados los carteles y vendido el teatro. ¡Figúrate! Conflicto de orden público: el gobernador, el sindicato... Tú vas de cabeza.

Merc. Le digo a usted que no.

Amb. ¿Pero tu marido no estaba desterrado?

Merc. Sí, pero por verme...

Amb. Bueno, pues mira, una de dos: o le denuncio o le digo la verdad, y que me indemnice.

Merc. Eso nunca, don Ambrosio. A todo me presto con la condición de que mi marido no sepa nunca que soy Floriana.

Amb. ¡Demonio!

Merc. ¿Eh?

Amb. ¡Ya está! ¡Menuda ocurrencia!

Merc. ¿Qué?

Amb. Que puede venir un policía que no sea tal policía y obligarle a marcharse. ¡Ya lo creo!... Lo veo diáfano.

Merc. ¿Cree usted que dará resultado?...

Amb. Apuesto la glotis. ¿Quién podría desempeñar este papel? ¡Ah! Gustavo: el segundo apunte.

Tiene figura y está en tipo Además, siempre está descontento porque no le reparto buenos papeles cuando salimos a provincias. ¡Ah! Este es de lucimiento.

Merc. ¿Y piensa usted que por este medio?...

Amb. Tu marido toma el tren esta misma tarde. Haremos la excursión de provincias y quedarás libre. Voy al teatro.

Merc. Pero... *(Entra Constantino por la derecha.)* ¿se marcha usted sin verla, doctor?... ¡Ah, Constantino!... *(Presentándole.)* El eminente doctor don Ambrosio Requena, que desde hace dos meses asiste a mamá con fraternal solicitud... *(A Ambrosio.)* Doctor, el Conde de Kalbansow, mi marido.

Amb. ¡Oh, señor Conde!...

Const. Salúdoos, doctor. *(Cambian un apretón de mano.)* ¿Y qué me decís de la enferma?

Amb. ¡Oh! ¡Oh!. ¡Qué quiere usted que le diga! Son cosas que son... porque son. La patología es... la patología, y la tos es la tos. *(A Mercedes.)* Nada: hidroterapia en cuanto a las bebidas, huevo-terapia y carne-terapia en cuanto a la alimentación, calma y cama. Eso de los bronquios no será nada de cuidado.

Const. ¿Eh? ¿Los bronquios? ¿Pero no es mal nervioso el que le aqueja?

Amb. Sí; nervioso, puramente nervioso; pero ya sabe el señor Conde lo que son los nervios; los nervios... los nervios son los nervios, y como los bronquios son los bronquios, y en los bronquios hay nervios, está clarísima la teoría: «datum qui pos-datum, ad abigarratum». Nada, quinina, mucha quinina, señora.

Const. ¿Vais a pasar a vella?

Amb. (¡Caray, cómo habla!)

Const. Acaso el pulsalla y examinalla...

Amb. No, no. Ayer vila y pulsela, y hoy no hace falta. Las visitas la impresionanlá (¡Caramba!) y conviene evitarle todo desgaste de energías. Quinina, señora, hidroterapia...

Const. Anhelo que el doctor conteste a una pregunta mía.

Amb. ¿Eh?

Const. ¿Puede la Condesa regresar conmigo a Rusia mañana mismo?

Amb. ¡Imposible! ¡Alejarla del lado de su madre!

¡Sería matalla! Lo menos en un mes no podrá ausentarse.

Const. ¡Cielos!

Amb. *(Despidiéndose.)* ¡Señor Conde!... ¡Señora Condesa!... ¡Quinina! ¡Mucha quinina! *(Al Conde.)* Y... ¡Oh! ¡Sería matalla! *(Vase.)*

Const. Contraríame lo dicho por el doctor... ¡Oh! ¡Qué hermosos crisantemos!

Merc. (¡Dios mío!)

Const. ¿Eh? ¿Qué dice esta tarjeta? A nuestra encantadora Floriana...

Merc. ¿Otra vez? ¿Pero es que ese portero se ha propuesto desesperarme?

Const. ¿Cómo?

Merc. Nada, hombre; que aquí encima, en el segundo, vive una actriz, Floriana, seguramente habrás oído hablar de ella; y el portero, que es nuevo, no se acuerda de que la casa tiene entresuelo, y hace que cuantos vienen buscando a Floriana se equivoquen de piso y llamen a éste nuestro. Créeme que estoy harta. A todas horas lo mismo. ¿Está Floriana? ¿Vive aquí Floriana?... ¡Jesús! Estoy ya de Floriana hasta la punta de los pelos. ¡Qué pesadez! ¡Qué lata! ¡Ay!... Creo que mamá está llamando. Voy a ver qué quiere. *(Vase, muy nerviosa, por la derecha.)*

Const. ¡Una actriz! Gustaríame conocer a esa Floriana. Las actrices y el teatro han sido siempre mi bello ideal. Como que yo llevo dentro de mí un gran actor. Tengo alma de Talma, pero mi título y mi posición... *(A Nemesia, que entra por el foro.)* ¿A quién buscáis?

Nem. A la señorita para decirla que está ahí Elena.

Const. ¿Quién es Elena?

Nem. Será alguna amiga de la señorita, digo yo.

Const. Hacedla pasar.

Nem. *(Desde la puerta.)* Entre usted.

Elena *(Joven, guapa y elegantísima.)* Qué, ¿ha venido Laoca? ¿Han esperado por mi causa? *(Advirtiendo la presencia de Constantino.)* Perdone, caballero.

Const. *(Entusiasmado.)* ¡Dioses! ¡Es un ángel!

Elena Buenos días.

Const. *(A Nemesia.)* Presto, un sitial.

Nem. ¿Eh?

Const. *(A Elena.)* Excusad, señora; *(Ofreciéndole una silla.)* es una taimada bribona aquesta

doncella. Viéndoos perdió conocimiento, y no me extraña. Sentaos. *(A Nemesia.)* Salid.

Nem. *(Haciendo mutis por el foro, conteniendo la risa.)* (A mí este tío me mata.)

Elena *(Sentándose.)* (Este debe ser el amigo de Florania.)

Const. (¡Divina mujer!) ¿Y veníais, señora?...

Elena A ensayar «El Castillo de los Ultrajes»; como el galán es nuevo...

Const. (No comprendo.) De modo, ilustre dama...

Elena ¡Oh! ¡Dama! ¡Quiá! ¡Qué más quisiera yo!

Const. *(Muy preocupado.)* (No es dama, pues de pechera no tiene trazas.)

Elena No soy más que una modesta racionista.

Const. ¿Eh?

Elena El subir, cuando no tiene una quien la empuje, cuesta mucho trabajo.

Const. *(Sin comprender.)* Sí, tal vez...

Elena Y no crea usted que es falta de condiciones; no, señor. A mí no hay nada que me asuste en el mundo. A mí me dicen ¿te atreves con Juan José?, y yo digo «venga «Juan José», y a las dos horas, pim, pam... «Juan José» en el bolso, como aquel que dice. Yo me he atrevido con el «Dragón de fuego», no le digo a usted más.

Const. (¡Cielos! ¿Qué dice esta mujer?)

Elena Lo que sucede es que no la protegen a una; que no se fían de una, y estoy encargada, salvo excecciones, de los fines de fiesta.

Const. (No la entiendo.)

Elena Ahí me defiendo muchísimo. En «Sin querer» estoy eminente y en «El chiquillo» dicen que arrebato. Es lo que hago casi siempre. «El chiquillo» y «Sin querer».

Const. (¿Pero de qué me habla?)

Elena El día que yo coja un papel que me encaje, van a ver si lo bordo o no lo bordo.

Const. (Encaje, borda...) Perdonad, señora; no domino bien el castellano.

Elena ¡Bah! No tiene usted que decirlo, se conoce a cien leguas. Usted es catalán, y de los de arriba.

Const. Soy ruso, señora.

Elena ¡Ruso!

Const. Ciertamente, y no he comprendido bien muchas de sus palabras, aunque sonarónme a melodía celeste.

Elena ¡Cobero!

Const. ¿Eh?... *(Piropeándola derretido.)* ¡Bordadora!

Elena *(Mirándole desde muy cerca, pidiendo más varas.)* No me diga chusquedades, porque lo que toca por mi parte, nanay, nanay.

Const. ¿Eh?

Elena Basta que sea usted el amigo de Floriana... para que yo...

Const. ¡Cielos! ¿Floriana dijo?

Elena ¿Eh?

Const. ¿Pero veníais buscando a Floriana?

Elena Naturalmente. *(Constantino ríe.)* ¿De qué se ríe usted?

Const. De que os habéis equivocado de piso, señora.

Elena ¿Es posible?

Const. El portero es nuevo, y...

Elena ¡Bonita plancha! ¡Qué dirá usted de mí!

Const. Que sois divina.

Elena Es usted muy amable. Perdone usted la molestia que he podido ocasionarle y...

Const. ¡Cómo! ¿De molestia habláis? ¿Y pensáis iros? ¡Ah, no, Elena! El conde de Kolbansow os suplica que no os marchéis.

Elena (No he perdido el tiempo.)

Const. Las artistas son mi locura; ardo ya en mil fuegos por vos.

Elena (¡Zambomba!)

Const. Es preciso que comáis conmigo esta tarde. Aquí todo es enfermedad y tristeza; yo necesito luz y amor.

Elena Pues crea usted que lo siento, pero no puede ser. Esta misma tarde salgo para Albacete con la compañía, y...

Const. ¡Oh! No haréis eso, Elena.

Elena No tengo más remedio: quieren que hagamos en Albacete un ensayo de conjunto antes de la función, y tenemos que marchar en el correo para llegar a hora conveniente. Si no fuera por lo del ensayo... me iría en el exprés y...

Const. ¡Ah! Sí; en el exprés; os lo suplico.

Elena Pero...

Const. No os pesará.

Elena Después de todo, ¡qué demonio!, mi papel no es más que un embolado.

Const. ¡Un embolado!

Elena Y con llegar a la hora de la función...

Const. ¡Claro!

Elena Siempre es más cómodo viajar en exprés.

Const. Entonces...

Elena No; subo a ver a Floriana. *(Tendiéndole la mano.)* En Maxim's... dentro de una hora.

Const. ¡Gracias, Elena!

Elena Hasta luego, Conde.

Const. Hasta luego.

Elena *(Haciendo mutis.)* (No tenía yo esta idea de los rusos.) *(Vase.)*

Const. *(Muy contento.)* ¡Oh! Es bella como diez soles.

Merc. *(Dentro.)* Que le preparen una taza de tila.

Const. ¡La Condesa! *(Entra Mercedes por la izquierda.)* ¿Cómo sigue?

Merc. Algo mejorcita.

Gust. *(Por el fondo.)* ¿Se puede? *(Este Gustavo frisa en los cuarenta años; viste raidamente, tiene aspecto de rufián y anda y habla como lo haría un caballero de la Edad Media que fuera muy ordinario. Viene completamente afeitado, y entra con el cigarro en la boca, el sombrero debajo del brazo y las manos en los bolsillos.)*

Merc. (¡Gustavo!)

Gust. ¿El Conde Col... Con... balcón?

Const. ¿Eh? ¿Qué deseáis?

Gust. ¡Daos preso!

Const. ¡Cielos!

Gust. Soy agente de la secreta y vengo en vuestra busca.

Const. *(Asombrado.)* ¿Pero es posible? ¡Oh! ¡Es maravilloso! No sé cómo han podido informarse de mi llegada. ¡Qué Policía tan admirable!

Gust. Menos coba, señor Conde.

Const. ¿Qué dice?

Gust. Que choteo, no.

Const. ¿Pero?...

Gust. Y una de dos: o usted se marcha de Madrid en el tren que sale dentro de hora y cuarto, o le conduzco a la cárcel sin más contemplaciones.

Merc. ¡Dios mío!

Const. Dadme siquiera un día de plazo: el tiempo necesario para que la Condesa arregle su equipaje.

Gust. ¿Que ella?... Vamos, señor Conde, usted chochea. A la estación o a la cárcel.

Const. *(A Mercedes.)* Marchaos; voy a intentar sobornarle.

Merc. *(A Constantino.)* ¡Por Dios, no lo intentes siquiera! Es preferible que te vayas solo.

Const. Dejadnos *(Se va Mercedes por la izquierda, haciendo señas a Gustavo.)*

Gust. (Bueno, estoy haciendo el papel de una manera que si me vieran los del sindicato me elegían vocal.)

Const. Señor agente...

Gust. Servidor.

Const. ¿Queréis prestarme un servicio inmenso? *(Saca la cartera.)*

Gust. *(En digno.)* ¿Qué pretende usted?

Const. Necesito un poco de dinero español.

Gust. Anda, ¿y quién no?

Const. *(Sacando un billete.)* Digo que tengo dinero ruso y francés, pero español, no; ¿queréis cambiarme? *(Le da un billete.)*

Gust. ¿Qué vale este billete?

Const. Mil francos.

Gust. Está el cambio a cincuenta...

Const. *(Sacando otro billete.)* He aquí mil entonces. ¿Queréis darme dinero español? *(Le da los billetes.)*

Gust. No puedo complacerle; sólo tengo unas tres pesetas escasas... *(Saca el dinero.)*

Const. Es suficiente; dádmelas. *(Gustavo se las da.)* Estamos en paz, caballero.

Gust. *(Guardándose los billetes.)* Pero...

Const. Escuchad. Yo tengo verdadero interés en que mi esposa crea que me ausento de Madrid dentro de una hora; pero yo no puedo marchar de Madrid hasta mañana. Tengo una cita con una dama y...

Gust. Comprendido: quiere usted correrla esta noche, ¿eh?

Const. ¿Se dice así?

Gust. Bueno, pero oiga usted.

Const. *(Atajándole.)* Os doy palabra de honor de que mañana salgo de Madrid.

Gust. ¿Me la dais también de salir de esta casa dentro de una hora y de no volver a pisarla?

Const. Os la doy.

Gust. ¿Y se irá usted mañana?

Const. Lo juro por mi honor.

Gust. Señor Conde, confío en sus promesas; pero no intente usted engañarme, porque ¡ay de usted! *(Saluda inclinándose. Constantino le alarga una mano, que él no estrecha.)* (Esto se llama crear un personaje.) *(Se va por el foro con la frente erguida y mirándolo todo olímpicamente.)*

Const. *(Muy contento.)* ¡Oh! Soy feliz. ¡Elena! ¡Elena!... Llamaré a la Condesa. *(Llamando.)* ¡Elena!... digo, Mercedes...

Alb. ¿Qué?

Const. *(Afectando tristeza.)* Teníais razón; la Policía española es insobornable. Dentro de una hora parto para la frontera.

Alb. *(Por el foro, con un ramo de crisantemos.)* ¡Hola!

Const. (¿Eh?)

Merc. (¡Dios mío!)

Alb. *(A Constantino.)* ¿Caballero?... *(Saludándole.)*

Const. ¿Flores? ¿Para quién son esas flores?

Alb. Para la bellísima Floriana.

Const. *(Furioso.)* Caballero, ya estamos hartos.

Alb. ¿Eh?

Const. Floriana vive arriba.

Merc. En el otro piso.

Const. ¡En el otro piso!

Alb. ¡Demonio!

Const. *(Poniéndole en la mano que tiene vacía el otro ramo de crisantemos que habrá en la consola.)* Tomad; esto es para ella. *(Alberto abre un palmo de boca.)*

Felíc. *(Dentro y a voces.)* Sí, está aquí; le he visto entrar.

Alb. ¡Dios mío! ¡¡¡Mi mujer!!!

Felíc. ¡Déjeme usted pasar!

Merc. ¿Eh?

Felíc. *(Entrando furiosa.)* ¿Dónde está mi marido? *(Alberto se cubre la cara con las flores.)*

Const. ¿Vuestro marido?

Felíc. Sí; Alberto Aburejo; le he seguido; le he visto entrar; sé que tiene amores con Floriana.

Const. *(Exasperado.)* ¡Dale con Floriana! Floriana vive arriba, señora.

Merc. ¡Arriba!

Const. Sí; este señor *(Por Alberto.)* os conducirá.

Felic. *(Viendo a Alberto.)* ¡¡El!! ¡Ah, canalla!... ¡Sinvergüenza! *(Se precipita sobre él y le pega. Alberto, al huir por la puerta del fondo, tropieza con Nemesia, que conduce un servicio de té. Gritos, ayes, imprecaciones.)— Telón rápido.*

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

En el teatro de Albacete y en el local destinado a cuartos de artistas.

La escena estará dividida. A la derecha, el cuarto de Mercedes, y a la izquierda, un amplio corredor. En este corredor, en primero y segundo término de la izquierda, dos puertas con los números 3 y 4, respectivamente. En tercer término y en chaflán, puerta que simula conducir a la escena. En el fondo, escalera que se pierde a la izquierda y corredor que se pierde a la derecha. En el cuarto de Mercedes, una puerta a la izquierda, que sale al corredor, y otra a la derecha, que simula dar acceso a una segunda habitación. A continuación de esta puerta, una mesa tocador con espejo. En el fondo, biombo, baúles, maletas, etcétera, etc. Sofá y sillas de aneas a la izquierda.

(Al levantarse el telón están en escena MERCEDES, VIRGINIA, GUSTAVO, NARCISO y RAMIRO.
Mercedes, ayudada de Virginia, saca de un baúl ropas y efectos, que va colocando sobre la mesita y sobre las sillas. Ramiro y Narciso conversan en el corredor. Gustavo, que viste un traje de americana muy flamante, entra por la puerta de la derecha, último término, dando muestras de gran agitación.)

Ram. Ahí lo tienes. *(Por Gustavo.)*

Narc. Pero chico, ¿quieres decirnos de dónde has sacado esa ropa?

Gust. Dejadme, porque estoy de quemao, que tizno sin querer.

Ram. ¿Qué pasa, tú?

Gust. Que está casi to el papel vendido, y ni hay decorado para hacer «El Castillo», ni la fresca de Elena ha llegado aún de Madrid.

Narc. ¿Pero es posible?

Gust. Como lo oyes: puso un telegrama diciendo que había perdido el correo y que vendría en el exprés; pero el exprés ha llegado hace un rato y ella no ha parecido todavía.

Ram. ¡Atiza!

Narc. Y los del decorado, ¿qué ha sido?

Gust. Un timo, porque nosotros hemos venido a Albacete creyendo que había los elementos necesarios para montar las obras; pero ahora resulta que el teatro está en pleitos y que uno ha embargao los muebles y otro las decoraciones, y total que, para hacer «El Castillo de los Ultrajes», no puedo disponer más que de dos salones, uno rojo y otro verde.

Ram. ¡Jesús!

Gust. Nos van a majar, porque no es cosa de suspender con el teatro vendido.

Ram. ¿Pero cómo te las vas a componer, criatura? Porque el primer acto pasa en las ruinas del castillo.

Gust. Sí; pero ese acto no me preocupa; pongo el salón rojo, sin cortinas, y unos apliques de roca, y en paz.

Narc. ¿Y el bosque del segundo acto?

Gust. El salón verde con las cortinas a guisa de alfombra. Lo malo es el tercer acto, porque, ¿cómo improviso yo una ría con un gran muelle y un navío anclado? Ahí el publiquito va a saltar. Porque si coloco la decoración verde en clase de ría, puede que se ría, y si pongo los baúles en hilera, simulando el muelle, en cuanto vea el público lo que es el muelle, va a saltar. *(Saca la petaca; una petaca lujosísima.)*

Ram. ¡Chico! ¡Qué petaca!

Narc. ¡Mi madre! ¿Pero dónde has escarbao, Gustavo?

Gust. ¡Caray! Parecéis «parvenuses», os extrañáis de to. Bueno, ¿y qué hora es ya? *(Saca un magnífico reloj.)* ¡Atiza! Cerca de las ocho...

Ram. ¡Tiene reloj!

Narc. ¡Y qué reloj!

Gust. Vamos, dejarse de asombros. ¿No trabajan ustedes en la pieza? Pues a vestirse, que va-

mos a empezar muy pronto. *(Se acerca a la puerta del chaflán y grita.)* ¡Luis!... Dé usted el primer toque a las ocho en punto. *(Ramiro y Narciso hacen mutis por la derecha, último término.)*

Laoca *(Por la derecha, último término. Viene con el papel en la mano, estudiando.)*

¡Marquesa de Valdecustre!
¡Flor la más linda de Añora!
¡La siete veces señora
y doce veces ilustre!...

Gust. Oiga usted, Laoca. Suprima usted esa frase que dice «esta panoplia que fué de mis abuelos», porque no hay panoplia.

Laoca Bueno.

Gust. Y esotro de

«Esta armadura del Cid
valor y fuerza me da»...

suprímalo usted también, porque no hay armadura?

Laoca ¿Que no hay armadura?

Gust. Ni blanda tampoco: no hay nada.

Laoca Pero si dentro de la armadura tengo que encontrar ese pergamino que es la base de la obra.

Gust. Ahora el pergamino lo encontrará usted sobre una silla.

Laoca ¿Y el verso?

Gust. ¿Eh?

Laoca Porque aquí dice: *(Lee.)*

¡Cielos! Aquí un pergamino:
por estar tan bien guardado
sin duda lo ha respetado
el implacable Destino!

Ya comprenderá usted que sobre una silla no es posible guardar bien nada. ¿No hay algún otro mueble, donde?...

Gust. No, hombre; lo que hay es que modificar esa cuarteta. Traiga usted el papel. *(Saca un magnífico lapicero.)*

Laoca ¡Vaya un lapicero!

Gust. ¡Pchs! *(Leyendo.)*

Por estar tan bien guardado
sin duda lo ha respetado
el implacable Destino.

(Pausa.)

Ya está. *(Escribe.)* De primera; no podrá de-

cir nadie que es ripiosa esta cuarteta. Parece enteramente de Cala y Canto. *(Lee.)*

¡Un pergamino en la silla!
Por estar tan aireado
sin duda lo ha respetado
el Destino y la polilla.

¿Eh? ¿Qué tal?

Laoca Muy bien. Voy a medir el tamaño del escenario, para estudiar los «mutises» sobre el terreno.

Gust. Yo voy a vestirme, porque trabajo en la pieza. *(Vase Laoca por la puerta del chaflán.)* ¡Hay que ver; un galán que dice mutises! Así anda el sindicato. Ya le dije yo a don Ambrosio que este Laoca iba a meter la pata. *(Se va por la derecha, último término.)*

Merc. ¿Estás viendo? Se ha quedado en Madrid la caja de los coloretes; como quien no dice nada. ¡¡Dios mío, qué noche! Y mamá de conversación y de charla en el hotel. ¡Vamos! No olvidaré esta excursión en mi vida. *(Suena dentro el primer toque.)* ¡Digo! El primer toque ya; y mamá sin venir, y yo aquí sola. ¡Malhaya sea el teatro!... *(Vuelve a buscar en los baúles.)*

Virg. Se necesita estar loca para hacer lo que estás haciendo.

Merc. ¿Crees que he venido aquí por mi gusto, imbécil? ¿No sabes que me han obligado? ¿Que he venido por evitar mayores perjuicios?

Virg. ¿Y si hicieras otra obra? Pero esto de «El Castillo de los Ultrajes», me pone nerviosa. No se ha escrito nada más espeluznante.

Merc. Está visto; no hay coloretes. Cuando venga Elena le diré que me preste su caja. Péiname.

Virg. Cuánto mejor estaría una en su casita, al lado de un marido cariñoso y... *(Suspira.)*

Merc. ¿Qué tal se ha portado tu novio durante el viaje?

Virg. ¡Oh! Muy bien; es un caballero muy correcto; no se ha permitido ni el más ligero abuso. De cuando en cuando me oprimía una mano, miraba al cielo y rezaba.

Merc. ¿Eh? ¿Que rezaba?

Virg. Sí; a mí no ha dejado de extrañarme.

Merc. ¿Pero qué decía?

Virg. Decía: «todo por vos, Señor; por el agrade-

cimiento que os debo». *(Mercedes ríe.)* ¡Es adorable!

Alb. *(Por el fondo.)* Cuarto número dos. *(Llama con los nudillos.)*

Merc. Adelante.

Alb. Soy yo. *(Entra.)*

Merc. ¡Alberto!

Alb. Creí que no te volvía a ver. Buenas noches, Virginia.

Virg. Buenas noches, señor Aburejo.

Merc. ¿Pero cuándo has llegado?

Alb. Ahora, en el exprés; hace un momento.

Merc. ¿Con tu mujer?

Alb. *(Suspirando.)* ¡Con mi mujer y en sleping! ¡Qué viaje! Hemos hecho las paces. ¡Figúrate! ¡Qué reconciliación aquella! No sé cómo no me he tirado por la ventanilla. *(Mercedes ríe.)* No puedo continuar así; prefiero la guerra; por eso he venido; no me importa que se entere; todo es preferible a la paz.

Merc. ¡Pobre Alberto!

Alb. ¿Pero y tu marido? Porque me han asegurado que aquel señor era lo que yo me sospeché; tu marido.

Merc. Sí.

Alb. *(Miedoso.)* ¿Está aquí?

Merc. Va camino de Rusia; ya te contaré; es muy gracioso. *(Suena el segundo toque.)* ¡Dios santo! ¡El segundo toque! *(A Virginia.)* Vísteme.

Virg. ¿Delante de este señor?

Alb. Claro, mujer, ¡qué más da!

Merc. No voy a quitarme más que la blusa y la falda.

Alb. Por mí no lo hagas, quítate cuanto te plazca. *(Virginia la ayuda a desnudarse y a vestirse tras el biombo, procurando siempre ocultar con su cuerpo el de Mercedes.)*

Gust. *(Entra en escena vestido con traje Luis XV. Se acerca a la primera puerta de la izquierda y llama.)* ¡Elena! ¿Estás ahí?... ¡Elena!

Merc. *(Gritando.)* No llames, Gustavo; no ha venido aún.

Gust. *(Junto a la puerta del cuarto de Mercedes.)* ¿Se puede, Floriana?

Merc. Adelante.

Gust. ¡Oh! Buenas noches, señor Abujero.

Merc. Aburejo.

Alb. Déjale: aquí me llama Abujero todo el mundo y yo no rectifico jamás.

Merc. Escucha, Alberto; tú que has venido en el exprés, ¿sabes si ha llegado Elena?

Alb. ¿Elena? ¡Ah! Esa frescales que le dicen la Siempreviva.

Gust. Sí, señor.

Alb. Pues sí; debe de haber venido: la vi tomar el tren en Madrid; por cierto que no viaja sola.

Gust. Extrañárame yo; pero, en fin, menos mal si ha venido.

Merc. ¡Ah! Pongo en tu conocimiento, querido Alberto, que Gustavo ha sido mi salvador.

Alb. ¿Es posible? ¿Y qué ha hecho?

Merc. Ha hecho creer a mi marido que era de la Policía, y como él está desterrado...

Alb. Muy ingenioso. Esto suelo castigarlo yo con unos meses de cárcel; pero me parece muy ingenioso. Ha sido una idea genial.

Merc. La idea fué de don Ambrosio.

Gust. ¡Bah! La idea es lo de menos; lo difícil es ponerla en práctica, como yo la puse.

Merc. Estuvo admirable.

Gust. *(Con amargura.)* Ahora se convencen de que soy un actor. ¡Ahora!

Merc. Y lo más gracioso fué que mi marido, creyéndole un policía de verdad, pretendió sobornarle. ¿Verdad que te ofreció dinero?

Gust. Mil francos.

Alb. ¿Y qué hizo usted?

Gust. Decirle que no era más que quinientas pesetas. Entonces completó hasta las mil, y las tomé.

Alb. ¿Eh?

Merc. ¿Que las has tomado?

Gust. ¡Claro! ¡Pero con qué gesto; con qué apostura; con qué dignidad! Lástima no me hubieran visto más de cuatro.

Alb. Bueno; pero usted le dijo al Conde que se marchara.

Gust. ¡Anda! En Irún está ya. *(Siguen hablando.)* *(Por la derecha, último término, entran en escena Elena y Constantino.)*

Const. Repítote que de no haber nacido Conde y millonario, hubiera sido actor. Nada hay que tanto me entusiasme. Por vivir este ambiente lo sacrificaría todo. ¡Ah! Yo he representado tres veces; dos en ruso y una en caste-

llano. Fué en San Sebastián, en una fiesta benéfica.

Elena ¿Y qué obra hicieron ustedes?

Const. «Vellido Delfos», un intenso drama. Yo hacía de Cid Campeador. Debí estar muy bien, porque el público estaba muy contento: siempre que yo hablaba, reía...

Elena ¡Claro! (¡Qué tío más salao!)

Const. Cuando yo decía aquellos versos... *(Declamando como para comérselo.)*

Yo, Rodrigo de Vivar,
a todos os desafío
a pie, a caballo, en el campo,
en el muro, en todo sitio,
uno a uno, ciento a ciento...
o yo solo contra cinco.
A ti el primero, Gonzalo,
y a los que de ti han nacido,
y a cuantos cobran tu sueldo,
deudos, parciales y amigos;
y a todos los de Zamora,
ancianos, mozos y niños,
al pechero y al hidalgo,
y a los pobres y a los ricos,
y a sus hijos, y a sus nietos,
y a los nietos de sus hijos,
y hasta las mieses del campo,
y hasta los peces del río;
y no comeré a manteles,
ni bajaré del estribo,
ni rasuraré mi barba,
ni mudaré de vestido
hasta que caiga en cenizas
Zamora con su castillo.

Elena Bueno, toma alientos. ¿Qué cuarto nos dijeron en la portería?

Const. El número cuatro. Aqueste. *(Indicándole la primera puerta de la izquierda.)*

Elena *(Intentando abrirle.)* Está cerrado. ¡Conde!

Const. ¡Mandad!

Elena Llégate a la portería y que te den la llave.

Const. Obedezco. *(Se va por la derecha, último término.)*

Elena *(Riendo.)* Vaya un tío gracioso. Es el primo más clásico que ha nacido de madre.

Laoca *(Entrando en escena por la puerta del chaflán.)* Ya era hora, mujer; creímos que no venías. *(Asomándose al cuarto de Mercedes.)*

Eureka, señores; Elena se ha dignado venir.

Gust. ¡Caramba! *(Saliendo del cuarto.)* Gracias, alteza, por el favor que acaba de dispensarnos.

Elena Pues mira, bien que me lo pueden agradecer, porque he estado a punto de no venir.

Gust. Ya sé que traes enganche.

Elena Eso es lo que a ti no te interesa.

Gust. Las hay que congelan el mercurio. Vamos a ver si se puede empezar. *(Vase por la puerta del chaflán.)*

Elena *(Por Gustavo.)* ¡Idiota!...

Laoca No le hagas caso.

Elena Es un pobre malandrín, como dice mi Conde.

Laoca ¿Nada menos que un Conde tienes ahora?

Elena ¡Pchs!

Laoca *(Amoroso.)* ¿Y no habrá nunca ni una sonrisa cariñosa para un compañero que sabe apreciar lo que es bueno? *(La abraza.)* Ya ves que pido poco.

Elena Pides poco, pero te tomas lo que no pides. *(Laoca trata de besarla en el momento que entra Constantino por el fondo.)*

Const. ¡Cielos! *(Separa a Elena de Laoca.)* ¡Bellaco! *(Fijándose en él.)* ¿Eh?

Laoca *(Estupefacto.)* ¡¡El cosaco!!

Const. *(Idem.)* ¡El tapicero!

Laoca (¡Mi abuela!)

Const. ¿Vos aquí e también besando?...

Laoca Es que...

Const. Hablad.

Laoca *(Azarado.)* Pues nada, que... como le dije... tengo ahí esa factura... que...

Const. ¡Venga; quiero pagalla; no vos puedo matar mediando esa deuda! Pero luego... ¡Ah!

Elena ¿Qué lío es éste?

Const. ¡Presto! ¡Venga!

Laoca *(Registrándose infructuosamente.)* En el hotel dejéla. ¡Negra suerte! Márchome y traeréla. ¡No! No temáis, volveré. *(Haciendo mutis por la derecha. último término.)* Voy a tener que hacer una factura, por si acaso. ¡Valiente pelma! *(Vase.)*

Const. ¡Belitre! *(A Elena.)* Tomad la llave. *(Elena abre el cuarto.)*

Gust. *(Entrando por la puerta del chaflán y gritando.)* ¡Que voy a empezar!...

Elena *(Entrando en su cuarto.)* Por mí... *(Vase.)*

Gust. *(Por Constantino.)* ¿Quién será este pájaro? Voy a verle la cara. *(Gritando al oído.)* ¡Que empiezo! *(Constantino vuelve la cara, y Gustavo retrocede espantado.)* ¡Ah! ¡El ruso!

Const. ¡¡Dioses!!... ¡¡La Policía!!

Gust. *(Detectivescamente.)* Conde de Con... balcón...

Const. ¡Cielos! ¿Pero cómo es posible? ¿Vos aquí? ¿Tan pronto? ¿Quién os ha dicho?... ¿Cómo habéis podido enteraros?...

Gust. Ya le dije en Madrid que... ¡ay de usted si me engañaba!

Const. *(Asombrado.)* Es maravilloso. No hay en el mundo Policía como la española. *(Fijándose en él.)* Y estáis disfrazado.

Gust. Claro, lo, la... Para pasar inadvertido.

Const. ¿Eh?

Gust. Los actores me creen un camarada y entro y salgo y me entero... ¿Eh? Pupila. *(Narciso y Ramiro, vestidos con trajes Luis XV, atraviesan la escena de derecha a izquierda y hacen mutis por la puerta del chaflán.)*

Narc. Tú, que tienes que salir en la segunda escena. *(Vase.)*

Ram. No te duermas. *(Vase.)*

Gust. Voy, voy... *(A Constantino.)* Ya ve usted, me creen su compañero.

Const. ¿Y habéis venido siguiéndome?

Gust. Sí. Me figuré que había usted querido dármela con queso, y yo soy vegetariano. Es preciso que ahora mismo se marche usted de aquí, señor Conde.

Una voz *(Dentro.)* ¡Fuera de escena! ¡Arriba el telón!

Gust. ¡Ahora mismo! (¡Caramba! ¡No voy a llegar a tiempo!)

Const. ¡Unas horas más! *(Saca la cartera.)*

Gust. ¡¡Imposible!! *(Muy nervioso.)*

Una voz ¡Se ha empezado!

Gust. (¡Demonio!)

Const. ¡Media hora! ¡¡Un cuarto de hora!!

Gust. (¡No llego a tiempo!)

Const. Pero...

Gust. Si le vuelvo a encontrar aquí le meto en la cárcel: se lo juro.

Const. No, no haréis eso; tomad. *(Dándole unos billetes.)*

Gust. *(Guardándose los billetes.)* ¿Pero por quién

me ha tomado usted? A mí no se me compra.

Una voz *(Dentro.)* ¡Gustavo!

Gust. ¡Voy! *(A Constantino.)* Largo de aquí, o si no...

Const. ¡Me iré! *(Gustavo hace mutis a la carrera por la puerta que conduce a la escena.)*

Elena *(Asomándose a la puerta del cuarto.)* ¿Pero qué líos traes con Gustavo? ¿Le conocías?

Const. ¡Oh, mala landre; canalla!

Elena ¿Qué dices?

Const. Es de la Policía: me asedia, me persigue.

Elena ¿Gustavo? ¡Qué sinvergüenza! ¡Quién había de imaginar! *(Entra en el cuarto.)*

Const. *(Haciendo mutis tras ella.)* Pero no he de irme, no. *(Vase.)*

Merc. Mira, Alberto; llégate ahí enfrente, al cuarto de Elena, y dile que te preste la caja de colorete.

Alb. Con muchísimo gusto. *(Sale del cuarto.)* A lo que llegamos los hombres. Todo un juez que va por una caja de colorete. *(Llama al cuarto de Elena.)*

Elena *(Dentro.)* ¿Quién?

Alb. Vengo a suplicar a usted de parte de Floriana que le preste la caja de colorete.

Elena *(Dentro.)* Con muchísimo gusto.

Const. *(Saliendo del cuarto con la caja.)* Tomad.

Alb. Muchas... ¡¡El ruso!!

Const. ¡¡El de las flores!!

Alb. (¡Jesús!)

Const. Tomad la caja, caballero.

Alb. *(Tomándola.)* Gracias, muchas gracias.

Const. ¿Qué, habéis venido siguiendo a vuestra amiga?

Alb. Sí, claro... Adiós; buenas noches.

Const. *(Deteniéndole.)* Un momento.

Alb. ¿Eh?

Const. Deseo pediros un favor.

Alb. ¿A mí?

Const. Quiero que me otorguéis la merced de presentarme a Floriana. ¿No es aqueste su cuarto?

Alb. Sí... no... es decir, tal vez... Pero no sé; no sé.

Const. ¡Pardiez! ¿No acabáis de salir de él?

Alb. Hombre, claro está, pero no está.

Const. ¿Eh?

Alb. Que no está ella.

Const. ¿Para quién pedís, pues, los coloretes?

Alb. Digo que no está visible. Se está vistiendo.

Const. Mejor; eso me agradaría aún más. Quisiera vella.

Alb. ¡Nunca!

Const. Celoso sois, caballero.

Alb. No es eso; es que... verá usted; porque... Espere usted, entraré yo solo, veré si está visible y ... ¿me da usted palabra de no mirar por el ojo de la llave?

Const. Os la doy.

Alb. Pues voy a... veré si... *(Entrando como un loco en el cuarto de Mercedes.)* ¡Mercedes! ¡Ay! Yo me ahogo.

Merc. ¿Qué pasa?

Alb. ¡Tu marido! Está ahí; ha venido con Elena; es el amigo de Elena; quiere entrar aquí.

Merc. ¡Dios mío! Si no es posible; si estaba camino de la frontera.

Alb. ¡Falso! Ahí está. *(Constantino llama a la puerta con los nudillos.)*

Merc. ¡Cómo salvarme! ¡¡Jesús!! Me tiemblan las piernas.

Virg. Tenía que suceder: estas situaciones falsas acaban así.

Merc. ¡Dios mío!

Virg. ¡Si se entera!... No quisiera verme en tu lugar!

Merc. ¿En mi lugar? ¡Ah! Es una idea. *(A Virginia.)* Ponte aquí. *(La sienta delante del tocador. A Alberto.)* Esta es Floriana; preséntale a Floriana.

Alb. ¡Magnífico!

Virg. No, no lo consiento; no quiero.

Alb. Calle usted o la estrangulo.

Virg. *(Amedrentada.)* ¡Dios santo! *(Mercedes recoge su traje y su sombrero y hace mutis por la puerta de la derecha. Alberto abre la puerta del cuarto.)*

Alb. Entre usted, caballero.

Const. *(Entrando.)* Gracias.

Alb. ¿No quería usted conocer a la eminente Floriana? Hela aquí: tengo el honor de presentarla a usted.

Const. *(Adelanta unos pasos, mira a Virginia y retrocede espantado, estrechando a Alberto la mano, como si le diera el pésame.)* ¿Pero es ésta la decantada Floriana?

Alb. Esta.

Const. ¡Ah! Debe tener un talento colosal.

Alb. ¡Mucho!

Const. Los públicos la adoran.

Alb. ¡Mucho!

Const. ¿Y estáis de veras celoso de ella?

Alb. ¡Mucho!

Const. Sin duda posee secretos resortes para fascinar.

Alb. ¡Oh!

Const. Celebro aquesta presentación para poder agora decir en Rusia que he conocido a una artista, verdaderamente... verdaderamente fenomenal. *(Se sienta.)* Seguid vuestra pintura, señora; no os molestéis por mí.

Alb. (¡Y se sienta!) *(A Virginia.)* Píntate, Floriana; píntate. *(Virginia se pinta.)*

Virg. (Estoy cortadísima.)

Gust. *(Por la puerta que conduce a la escena. Se acerca al cuarto de Elena y llama.)* ¡Elena!

Elena *(En enaguas, asomándose.)* ¿Qué quieres?

Gust. Oye, ¿se fué el ruso?

Elena No vuelvas a dirigirme la palabra en tu vida, indecente. *(Cierra el cuarto.)*

Gust. ¿Eh? ¿Por qué dices eso?

Alb. *(Desde la puerta del cuarto de Mercedes.)* ¡Ah! ¡Gustavo! *(Corre hacia él.)*

Gust. ¿Qué?

Alb. ¡Aquí está el ruso; el marido!

Gust. ¿Pero no se ha marchado?

Alb. No; es preciso que se lo lleve usted ahora mismo.

Gust. Pero ¿adónde?

Alb. ¡A la estación! A las ocho y media pasa un tren; que se vaya a otra parte, pero que se vaya.

Gust. Es el caso que yo tengo que salir a escena.

Alb. No importa, primero es lo primero. Pronto.

Gust. ¿Pero así?

Alb. Tome usted mi abrigo y mi sombrero; vamos.

Gust. Bueno.

Alb. *(Entra en el cuarto de Mercedes.)* ¡Caballero! Le llaman a usted.

Const. ¡Ah! Será Elena. *(Sale, encontrándose con Gustavo.)* ¡¡El policía!!

Gust. Señor Conde, elija usted: a la cárcel o a la estación; dentro de media hora pasa un tren.

Const. Pero...

Gust. Elija usted.

Const. A la estación. *(Gustavo toma de manos de Alberto un abrigo y un sombrero y se los pone.)*

Gust. ¿Vamos?

Const. Por fortuna aún tengo dinero; volveré. *(Se dirige hacia el fondo en el momento que entra Felícula.)*

Alb. *(Horrorizado.)* ¡¡Mi mujer!! *(Entra en el cuarto y hace mutis por la puerta de la derecha.)*

Virg. ¿Eh?

Felíc. *(A Constantino.)* ¿Cuál es el cuarto de la señorita Floriana?

Const. El número dos, señora. ¡Cielos! ¡Si es la esposa de Aburejo.

Gust. *(Empujándole.)* ¡Vamos! *(Hacen mutis por el fondo.)*

Virg. *(Asomándose a la puerta del cuarto en el momento que Felícula se detiene ante el mismo.)* ¡Se lo llevan! ¡Se va!

Felíc. *(Contemplando a Virginia y retrocediendo horrorizada.)* ¡Dios mío! ¿Es ésta? ¿Esta es la mujer que enloquece a mi marido? *(Encarándose con Virginia.)* ¡Monstruo! ¿Qué ha hecho usted de mi Alberto?

Virg. *(Espantada.)* ¿Eh? *(Entran en el cuarto.)*

Felíc. ¿Qué filtro misterioso, qué talismán posee usted para seducir a los hombres? ¿De qué medio se vale usted, que nosotras, las mujeres honradas, no sospechamos?

Virg. ¡Señora!

Felíc. Es preciso que renuncie usted a mi Alberto.

Virg. Pero...

Felíc. Es necesario: lo exijo.

Peláez *(Por el fondo, con un ramo de flores blancas.)* Mi novia debe estar aquí. ¿Se puede? *(Entra.)*

Virg. ¡Peláez!

Felíc. ¡Peláez!

Peláez ¿Eh?

Felíc. No le extrañe encontrarme en este sitio, señor Peláez; he querido conocer a la mujer que me roba el cariño de mi Alberto.

Peláez ¡Cómo! Ella...

Felíc. Sí, es la amante de mi marido.

Virg. ¡Falso! Eso no es verdad.

Peláez ¡Su amante! Ahora comprendo lo que no comprendía.

Virg. ¡Mire usted que es mentira: mentira!

Peláez ¡Basta! No es mentira; es cierto; yo quiero que lo sea.

Virg. ¿Eh?

Peláez Es mejor, mucho mejor; así el favor será digno de mi agradecimiento. *(A Felícula.)* Doña Felícula, dentro de dos días me caso con esta señorita.

Felíc. ¿Usted? ¿Será usted capaz?

Peláez Sí, señora. *(A Virginia.)* Señorita... es decir...

Virg. ¡Oh! No me insulte usted, Peláez. ¡Señorita! ¿Lo oye usted bien? ¡¡Señorita!! ¿No es la cara espejo del alma? Pues bien; míreme usted: lea usted en mí.

Peláez Sí; a juzgar por la cara parece imposible; pero no importa; quiero que sea verdad.

Virg. ¡Peláez!

Peláez Futura esposa de mi alma; traje azucenas porque no sabía... ¡Ay! Pero ahora que sé lo que sé, traeré claveles dobles de aromas penetrantes, y rosas rojas de punzantes espinas.

Virg. ¡Aún duda! ¡Ah! Soy una pobre mártir.

Peláez No, usted no; no confundamos. *(A Felícula.)* Señora, dé usted las gracias a su esposo; él sabrá por qué. *(Sale del cuarto.)*

Virg. ¡Díos mío!

Peláez Estoy contento, muy contento; es una alegría que no es natural, pero... estoy contento. *(Vase muy agitado por el fondo.)*

Felíc. ¡Señora! Devuélvame usted a mi marido. ¿Dónde está? ¡Pronto!

Virg. Se ha marchado de aquí; no sé...

Felíc. ¡Oh! Yo le aseguro a usted que le encontraré. Sé que está en el teatro; le encontraré. *(Sale del cuarto, se dirige hacia el fondo y luego retrocede y hace mutis por la derecha, último término.)*

Alb. *(Asomando la cabeza.)* Virginia, ¿se ha marchado?

Virg. *(Asomándose a su vez al corredor.)* Sí.

Alb. *(Entrando en escena.)* Sal, hija; ya no hay que temer.

Merc. *(Entrando también. Ha cambiado de traje y tiene el sombrero puesto.)* ¡Qué susto tan horroroso!

Alb. No te creas que el mío ha sido insignificante.

Merc. ¿Y crees que no volverá mi marido?

Alb. Tengo la completa seguridad.

Virg. Entonces, ¿puedo quitarme los coloretes?

Alb. Sí; ya no hay peligro.

Merc. *(Sentándose en el sofá.)* ¡Qué nochecita! Estoy sofocadísima. ¡En ese cuarto hace un calor!

Virg. ¿Y cómo has podido arreglarte a oscuras?

Merc. A tientas, y gracias a Alberto que me ha ayudado.

Virg. ¡Ah! *(Alberto se sienta junto a Mercedes.)*

Const. *(Por el foro, derecha. Viene contento y sentencioso.)* El dinero es el motor universal: Tolstoi. Cada hombre tiene un precio: Gorki. Camarón que duérmese, la corriente llévaselo: Lenin. Le he dado cuatro mil pesetas, y el que se ha metido en el tren ha sido él. Claro que le di palabra de no volver por el teatro; pero palabra dada a un policía, no es palabra. *(Se acerca al cuarto de Mercedes.)* No me despedí antes de Floriana. *(Aplica el oído.)*

Alb. *(A Mercedes, con gran entusiasmo.)* Nunca te he visto tan hermosa. Esa ligera sofocación parece que ilumina tu semblante.

Const. Están ensayando.

Alb. *(De rodillas ante Mercedes.)* ¡Qué linda estás y cuánto te quiero!

Const. *(Entrando.)* ¡Bravo! ¡Bravo!...

Merc. *(Levantándose de un salto y separándose de Alberto.)* ¡Ah! *(Alberto queda como estaba.)*

Const. ¡¡¡Dioses!!!... ¡¡La Condesa!!...

Virg. ¡Jesús!... *(Busca la protección de Alberto, que sigue como atontado.)*

Const. ¿Qué hacéis aquí, señora? ¡Voto a Cribas!

Merc. Yo soy quien te hace esa pregunta.

Const. ¿Eh?

Merc. Me habían dicho que eras el amante de esta mujer; *(Por Virginia.)* de Floriana.

Virg. ¡Dios mío!

Const. ¡¡¡Señora!!!

Merc. Y he hecho este viaje para convencerme de ello.

Const. Pero...

Merc. Es inútil fingir; me has engañado: has sobornado al policía para venir tras esta mujer.

Const. Tras esa, no. ¡Voto a bríos!

Merc. ¿Qué dices?

Const. Digo que podéis acusarme, las apariencias acusanmé también; pero antes que nada quiero saber por qué causa hállabase este villano de hinojos a vuestros pies.

Alb. ¿Yo? Pero si yo no...

Merc. ¿A mis pies? Te engañas; este señor, a quien no conozco siquiera, ensayaba su papel con tu amante.

Const. ¡Ah! ¿Pero el señor es cómico?

Alb. Soy el primer actor de la compañía, caballero.

Const. ¿El primer actor?... ¿El que hace con Floriana esta noche?... *(Saca un programa.)*

Alb. Sí, señor.

Const. ¿No os llamáis?...

Alb. Laoca y Aburejo, para servirle.

Const. Perdonad entonces. *(Todos respiran satisfechos.)*

Alb. De nada, caballero.

Const. Tendré mucho gusto en aplaudiros esta noche.

Todos ¿Eh?

Const. Voy a comprar un palco.

Alb. (¡Abrete, tierra!)

Merc. Irás solo al teatro; yo, después de lo ocurrido, no puedo acompañarte.

Const. Daréte explicaciones y vendrás.

Merc. ¡Nunca! Además, el traje no es a propósito.

Const. ¡Bah! Vendrás.

Merc. Pero, ¿y la Policía, Constantino?

Const. No temo a la Policía.

Merc. Mira, yo me voy al hotel; he dejado a mamá sola, y con el ajetreo del viaje...

Const. Asistirá con nosotros a la función y se distraerá.

Merc. Pero... si es que yo...

Const. Te digo que vendrás. Voy a comprar el palco; aguardad un minuto. *(Vase por el foro derecha.)*

Alb. ¡Qué va a pasar aquí!

Merc. ¡Dios mío!

Amb. *(Por la puerta que conduce a la escena.)* ¿Pero no te has vestido todavía, Floriana? ¡Que la pieza está terminando!

Merc. Ni me he vestido, ni me visto: no puedo trabajar esta noche.

Amb. ¿Eh? ¿Qué dices?

Merc. Que mi marido está aquí; que me lleva a un palco a ver la función, y ya comprenderá usted que no puedo estar al mismo tiempo en un palco y en la escena.

Amb. ¡Dios mío! ¡Qué hago yo! ¡Con la función comenzada! ¡Con el teatro de bote en bote! ¡Esto es mi descrédito, mi ruina! Está ahí la plana mayor de Albacete: el alcalde, el elemento militar... Yo no puedo suspender la función; sería un escándalo; echarían abajo el teatro.

Merc. ¿Y qué quiere usted que le haga?

Amb. ¡Oh! Te aseguro que si no hay función esta noche...

Merc. Sí, es necesario que la haya. Si esta noche no hubiera función dudaría mi marido, y eso sí que no.

Amb. Entonces...

Merc. No hay más remedio: se hará la obra.

Amb. ¡Oh! ¡Querida Floriana!

Merc. Sí; Virginia me sustituirá.

Amb. ¿Virginia? ¿Quién es Virginia?

Merc. *(A Virginia, que escucha aterrada.)* ¡Virginia!

Amb. *(Fijándose en ella.)* ¡Horror!

Merc. ¡Es preciso que esta noche trabajes en mi lugar!

Virg. ¡No! ¡Por favor! ¡¡Yo en la escena!!

Amb. Nos matarían a todos.

Merc. Haciéndolo me salvas; es necesario que mi marido crea firmemente que tú eres Floriana. Va en ello mi tranquilidad y mi dicha.

Virg. Pero...

Amb. ¡¡Imposible!!

Alb. Virginia, se trata de salvar a Floriana; no puede usted dudar; yo en su caso no dudaría un momento. *(Felícula, que ha entrado en escena por la derecha, último término, se acerca a la puerta y escucha.)*

Merc. No, Virginia; no puedes dudar. ¿Ves dudar a Alberto?

Virg. ¡Cómo! Pero también Alberto...

Merc. ¡Claro! Como ha dicho a Constantino que es el primer actor de la compañía, va a sacrificarse por mí y hará el papel de Roberto. *(Alberto queda sin habla.)*

Felic. ¡El!... ¡¡El en escena!! *(Haciendo mutis por el foro derecha.)* ¡Oh! ¡Qué venganza la mía! Dejará memoria. *(Se va.)*

Alb. ¿Pero hablas en serio?

Merc. Y tanto.

Alb. ¡Criatura!

Merc. No hay más remedio.

Alb. ¿Pero estás loca? Yo no he representado nunca: además, aquí todo el mundo me conoce, sería un escándalo: el juez de Albacete haciendo papeles... ¡quita, mujer, quita!

Merc. ¡Te digo que no hay más remedio!

Amb. ¡Yo pierdo la cabeza!

Merc. Como has de salir perfectamente disfrazado, nadie te reconocerá.

Alb. Pero...

Merc. Te pones una barba postiza y el sombrero muy inclinado hacia la cara, y...

Alb. Pero mujer; puesto que se trata de caracterizarse, que sea el mismo Laoca quien haga su papel. Que se ponga todas las barbas que pueda; tú le dices al Conde que soy yo, y en paz.

Amb. ¡Eso!

Merc. ¿Estás loco? Mi marido conoce a Laoca: vería en seguida que no eras tú.

Amb. ¿Que le conoce?

Merc. Sí; le cree tapicero; el verle en escena le haría sospechar.

Alb. ¿Pero no hay otro que me sustituya?

Merc. No; todos trabajan.

Alb. ¿Y Gustavo?

Merc. A Gustavo le conoce también.

Amb. Además, que nadie sabe lo que ha sido de él: ha desaparecido. ¡Menudo pateo está dando el público a la pieza, por su culpa!

Merc. *(A Alberto.)* Tienes que ser tú, tú.

Alb. *(Desesperado.)* ¡Esto es horroroso! ¿Qué hacer, Dios mío? ¿A quién acudir? *(Por el foro derecha entra en escena Peláez, con un ramo de flores encarnadas.)*

Peláez *(Entrando en el cuarto.)* ¿Se puede?

Alb. *(Gritando.)* ¡¡Ah!! ¡Me he salvado!

Peláez Traigo flores rojas...

Alb. ¡Peláez!... ¡Aníbal de mi alma! ¡El cielo le envía!

Peláez ¿Eh? ¿Cómo? ¿Me necesita usted, don Alberto?

Alb. Va usted a hacerme el favor más grande de mi vida.

Peláez ¿Con quién hay que casarse ahora? ¡Pronto!

Alb. No es nada de eso: es necesario, absolutamente necesario, que represente usted la obra en mi lugar.

Peláez ¿Eh? ¿En su lugar? ¿La obra?...

Alb. Voy a decirle el por qué.

Peláez *(Vivamente.)* ¡No! ¡No! No quiero saber el por qué. Eso no es de agradecido; usted manda y yo obedezco. Ha querido usted que me case con su antigua amante, y he pedido su mano en el acto; ahora quiere usted que me haga cómico, y me haré cómico. ¡Pronto! ¡Dónde! ¡Cuándo! ¡Cómo!

Merc. Aquí, señor Peláez, aquí mismo; en seguida, vamos, que la representación va a empezar.

Peláez *(Horrorizado.)* ¿Aquí? ¿En Albacete?

Merc. Sí, es preciso; hace usted el papel principal de la obra.

Peláez ¡Oh! Gracias, señor Aburejo. Sólo a una brillante imaginación puede ocurrírsele tan hermosa prueba. ¿Dónde está la escena?

Merc. *(Sujetándole.)* Espere usted, hombre.

Amb. ¿Pero usted ha representado alguna vez? ¿Conoce usted la obra?

Peláez ¡Yo! No la he visto nunca; yo no voy jamás al teatro.

Amb. ¡¡Cómo!!

Merc. *(A Ambrosio.)* Eso no importa; mientras se viste le diremos cómo es su papel. Laoca le apuntará, y procuraremos que la claque le sostenga. ¡Bravo, amigo Peláez! ¡Es usted sublime!

Peláez No soy más que un agradecido. ¡Oh! Qué noche tan hermosa me espera: qué silba tan estrepitosa: qué rato tan amargo. ¡Gracias, don Alberto, gracias!

Amb. No, no puede ser; de manera alguna. Mientras yo viva, no consentiré semejante cosa. *(Extrañeza general.)*

Merc. ¿Eh?

Amb. Ni pensarlo: mi reputación, mi crédito por los suelos. Señores: no es posible dar la función; que se suspenda: vale más mi crédito.

Peláez ¡Caballero! Yo arriesgo más que usted, por-

que soy empleado público, y sin embargo, lo arrostro todo.

Amb. ¡¡Imposible!!

Merc. Es preciso que haya función.

Alb. Sí, es preciso.

Peláez La habrá.

Amb. ¡Nunca! Corro a suspenderla.

Peláez *(Deteniéndolo.)* ¡Quieto aquí!

Amb. ¡Suelte usted! *(Entre Peláez, Alberto y Mercedes sujetan a Ambrosio, que forcejea.)* ¡A mí! ¡Favor!

Alb. ¡Silencio!

Merc. ¡Encerradlo aquí! *(Encierran a Ambrosio en el gabinete, en el momento que se escuchan aplausos dentro. Una voz gritará en la primera caja: «¡Que ha terminado la pieza: voy a empezar!» Varios actores y maquinistas atraviesan la escena, corriendo, de izquierda a derecha. Doña Ceferina, del brazo de Constantino, entrará por el fondo cantando lo de siempre.)*

Pisa, morena,
pisa con arte...

(Telón.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

Escena del teatro de Albacete. Está echado el telón de boca. A cada lado de éste y bastante sesgadas, una platea proscenio.

(Al levantarse el telón suena dentro el segundo toque. La orquesta empieza a tocar pianísimamente una sinfonía. Laoca separa el telón por la derecha, sale a escena, llega hasta la concha del apuntador, hace una señal a la orquesta para que deje de tocar y dice al público, titubeando y muy azarado.)

Laoca Respetable público... Como indican los carteles repartidos profesa... profusamente por todo Albacete, los dos artistas encargados de ejecutar los papeles de Brígida y Roberto en «El Castillo de los Ultrajes», son la inminente, la, digo, la... eso es, quiero decir la enminente Floriana y el no menos Laoca. Es decir... Bueno; para un asunto discerniente a ambos ellos los dos estoy encargado de comunicar al respetable público... *(Voces en la galería de ¡Oh! ¡Oh!)* No, no; tranquilícense ustedes, trabajan esta noche; no es por ahí. Lo que sucede es que ambos artistas han sido víctimas de un sensible accidente conforme regresaban de recorrer en carruaje los pintorescos arrecifes... arrabales... alrededores, caray, de esta, de esta opípara y opulenta ciudad. Afortunadamente no han ocurrido más desgracias personales que la rotura de un eje y la queque... pequé... perque...

per-ni-que-bra-du-ra de un muslo, digo, de un mulo que se ha fracturado una mano. El susto padecido por ambos artistas ha sidodo de... de los de tres en libra, ¿eh? Ambos han sido nerviosamente atacados. La sin par Floriana está desconocidísima; parece otra, palabra; pero como no obstante ello se empeña en representar su papel, suplico al respetable público, en su nombre, la mayor de las indugencias. Y respecto a Laoca, ¿qué podré yo decir de esa estrella del arte, de ese tío inmenso? El gran Laoca, el colosal Laoca, impresionado por el vuelco, por la perniquebradura del... eje y por un golpe que recibió en la nariz que, vamos, se le ha quedado que le suenan los huesos, al sonarse, pues ha perdido parte de su aplomo y de su memoria. Para los dos señores, digo, para los dos, señoras y señores, pido la más completa benevolencia. *(Saluda y vase por donde entró. Aplausos en la galería. La orquesta continúa la sinfonía pianísimamente.)*

(En la platea proscenio de la derecha entran Mercedes, Ceferina y Constantino.)

Const. Llegamos a buena hora, por ventura. *(A Ceferina.)* Sentaos, señora. ¿Cómo proseguís?

Cef. *(Sentándose.* ¡Oh! Muy mal; todo me da vueltas.

Const. ¿Dónde quedó el doctor?

Cef. Sin duda en el hotel.

Const. *(A Mercedes. que está escondida en el fondo del palco.)* ¿Por qué os escondéis, esposa mía?

Merc. Como dicen que esta obra es tan inmoral...

Const. No haced mención de ello. Además, en Albacete nadie os conoce. Sentaos aquí.

Cef. Sí, mujer; tiene razón el Conde; siéntate aquí; no tengas miedo. *(Mercedes se sienta en primer término. En la platea de la izquierda entra Sánchez.)*

Const. Esperad: voy a buscar gemelos. *(Vase. Cesa la sinfonía.)*

Cef. Vamos, no tiembles de esa manera; va a conocer lo que te sucede.

Merc. No puedo remediarlo, mamá. Muchas veces he sentido este temblor al levartarse el telón; pero como ahora, nunca.

Cef. Todo saldrá bien; no te apures.

Merc. Pensar que toda esta pobre gente ha paga-

do su localidad por verme y van a tragarse a Virginia.

Cef. Y a Peláez, que todavía es peor.

Merc. ¡Dios mío!

Cef. Puede que ni se den cuenta; es un público sano; fíjate, ¿no ves? *(Señalando la sala.)* Contempla esas cabezas. ¡Bah!

Const. *(Entra en el palco con tres gemelos.)* Aquí están. *(Ceferina y el Conde miran con gemelos al público y conversan de vez en vez.)*

Sánchez *(A un espectador que entra en su platea.)* ¡Querido Comandante!

Comand. ¡Señor Inspector! *(Saludos.)* ¿Llego tarde?

Sánchez No, señor; el drama no ha comenzado aún. Han hecho la pieza; por cierto que no sé qué demonios ha sucedido.

Comand. ¿Qué pieza era? *(Mira con los gemelos.)*

Sánchez «Lo que se ve.»

Comand. Sí; hay cada mamarracho...

Sánchez No; si digo que ese es el título de la pieza. Es una obra de época, de la misma época de «El Castillo de los Ultrajes». Pero algo debe haber ocurrido, porque el protagonista hizo mutis en la escena segunda, diciendo volveré con mi hija, y no ha vuelto.

Comand. ¡Caramba!

Sánchez Han tenido que acabar la obra de cualquier manera.

Comand. Sabe Dios lo que habrá pasado.

Sánchez ¿Y cómo ha venido usted solo?

Comand. Hombre, a mi mujer le ha parecido el título de la obra un poco alarmante. Esto de «El Castillo de los Ultrajes» escama a cualquiera.

Sánchez ¡Ah! Pues se pierde la gran noche.

Comand. ¿Conoce usted la obra?

Sánchez Ya lo creo; como que asistí en Madrid a su estreno, hace unos seis años... sí, justamente: cuando vine aquí de inspector.

Comand. ¿Y es bonita?

Sánchez ¡Admirable! Tiene escenas magníficas: la escena del crimen es colosal. ¡Con decirle a usted que mi mujer se puso enferma! Creí que se me moría en la butaca. ¡Oh! Es una de las impresiones más hermosas que he sentido en mi vida.

Comand. Lamento, entonces, que no haya venido Robustiana.

Sánchez Esta Floriana hace la obra de un modo portentoso.

Comand. Dicen que es una mujer lindísima.

Sánchez ¡Oh! Es un sol. ¡Qué cara! ¡Qué ojos!

Comand. ¿Es delgada?

Sánchez Delgada y menudita, como a mí me gustan. *(Saluda a alguien del público.)* Son los de Alvarez Doz.

Comand. Hombre, ¿cuáles son los Doz?

Sánchez Aquellos tres.

Comand. A quien no veo es al amigo Aburejo.

Sánchez Por ahí andará; él no pierde ripio, y en esta tragedia los hay. *(Suena el tercer toque.)* Ea, vamos a ver.

Comand. *(Viendo el programa.)* Acto primero: Las ruinas del castillo de Camprodón.

Sánchez En este castillo es donde Roberto da la cita a Brígida, y...

Comand. No me cuente usted nada del argumento.

Sánchez Verá usted qué decoración tan bonita. La de Madrid era soberbia: toda llena de armaduras y panoplias enmohecidas; un salón inmenso, con las paredes agrietadas, cubiertas de yedra; una chimenea colosal.

Voz *(Dentro.)* ¡¡Fuera de escena!!

Sánchez Vamos a ver.

Merc. (¡¡Dios mío!! ¡Qué va a pasar aquí!) *(Se levanta el telón.)*

(Al levantarse el telón se ve un gabinete pintado de rojo, con las paredes nuevecitas. En el fondo, dos puertas. Una de ellas está convertida en ventana por medio de un banco de madera colocado a guisa de barandilla. A la derecha, otra puerta en ochava. A la izquierda, en primer término, chimenea pequeñita, un tanto modernista, y puerta a continuación. A través de la puerta del fondo izquierda se verá un telón rojo, que quiere representar ruinas. Por ninguna parte se ven señales de antigüedad ni de deterioro. Cerca de la chimena, una silla de rejilla, con un papel doblado sobre su asiento. En el centro de la escena habrá una pequeña roca de cartón, modesta nota, que si no da idea de antigüedad, por lo menos es un estorbo que hará reir. La escena aparece completamente desierta.)

Merc. (¡Jesús!)
Cef. (¡Qué barbaridad!)
Sánchez ¡Cómo! ¿Estas son las ruinas? *(Indignado.)* ¡¡Esto es vergonzoso!!
Comand. ¿Y para esto subvencionamos al teatro?
Sánchez ¡Qué mamarracho!
Voz *(En la galería.)* ¡Silencio!
Ram. *(Asoma la cabeza por la ventana del fondo. Está en cuclillas detrás de la simulada ventana y se incorpora muy poco a poco, esforzándose en producir la ilusión de que lleva a cabo una ascensión peligrosísima y muy difícil. Pasa por encima del banco que hace de barandilla y entra en el salón.)* ¡Gracias a Dios que he llegado! *(Se asoma a la ventana y dice hacia abajo.)*

Subid con sumo cuidado
Regina de San Sulpicio.
Asíos al alambrado,
no caigáis al precipicio.

(Aparece en la ventana la cabeza de Elena, que viene a gatas. Ramiro le tiende una mano y Elena se va incorporando poco a poco.)

Elena Gracias. Tan sólo una loca
lleva a cabo tal proeza.
Ram. Ya la distancia es bien poca.
Poned el pie en esa roca,
no se os vaya la cabeza.
¡Arriba!... *(Elena salta dentro del salón.)*
Elena ¡Gracias a Dios!
No sé cómo no caí.
Hubiera muerto sin vos.
(Asomándose y hablando hacia abajo.)
¡Valor, padre; por aquí!...
Ayudémosle los dos.
(Aparece Narciso como antes apareció Elena, y ésta y Ramiro le tienden una mano.)
Ram. ¡Valor!
Narc. *(Que es viejo y viste como los demás, con traje Luis XV.)*
Muy anciano soy
para tan dura ascensión.
(Entra en escena.)
¡Pero cielos! ¿Dónde estoy?
Ram. En el castillo que es hoy
del Marqués de Camprodón.
Narc. ¡¡El castillo de Alcaduz!!

(Examinándolo todo.)
Cierto; que aún veo, ¡pardiez!,
aquí la cruz de orozuz...
(Señala adonde no hay nada.)
y aquí el altivo ajimez
que a la cruz da clara luz.
¡Mas ¡ay! Dios, cuántas ruinas!
¡Parca que todo lo minas,
(Muy enfático.)
tu destrucción no fulmines!...
Detente, ¡oh tiempo!, y no mines
estas joyas peregrinas.
¡Fuertes muros venerados!
¡Muros de vetusta piedra
por las luchas respetados,
y hoy, ¡qué dolor!, agrietados
y recubiertos de yedra!
¡Monumental chimenea!
¡Grande hogar que ya no humea!...
Donde mozas y pecheros
asaban bueyes enteros
en las fiestas de la aldea.
¿Qué queda de ti?, ¡oh, salón!
De verte bajo la acción
de la carcoma y la oruga,
se me arruga, se me arruga,
se me arruga el corazón.

Const. ¡Divinas estrofas! Yo las hubiera dicho con más fuego.

Elena *(Abriendo la otra puerta del foro y dejando ver un forillo, en el que hay pintado un elegante cuarto de baño.)*
¡Jesús!... ¡Virgen santa!...
¡Ramiro! ¿Qué es esto?
¡Mirad, mi buen padre,
qué horrible agujero!

Ram. ¡Qué espanto!

Narc. ¡Dios mío!

Elena ¡Su vista da miedo!

Ram. ¡Da horror el mirarlos!

Narc. ¡Da terror el verlos!

Elena ¿Qué será, Ramiro?

Ram. No sé, no lo entiendo.

Narc. Son los calabozos
subterráneos.

Elena ¿Esos?

Narc. Sí; nó te sorprenda;
en aquellos tiempos

aquí y allá abrían
cárceles y cepos,
y ¡ay! del que infelice
penetraba en ellos.

Elena *(Ensimismada, acercándose a la ventana.)*
¡Edad de negruras!
¡Edad de misterios,
de pajes y bardos,
de alcones y ensueños!...
¡Oh! ¡Quién tu poesía
viviera de nuevo!...
(Mira por la ventana.)

Const. Me entusiasma el teatro, Condesa. ¿Por qué no habré sido yo actor?

Ram. *(Llevando aparte a Narciso.)*
Y ahora, Duque de San Blas,
escuchad el triste acento
de quien vive sin vivir
y está a su pesar muriendo.

Elena *(Procurando oír disimuladamente.)*
(¿Qué dice?)

Ram. ¿Sabéis a quién
ha citado aquí Roberto,
el Marqués de Camprodón,
de aqueste castillo dueño?

Narc. No imagino...

Elena *(Como antes.)* (¿De quién hablan?...)

Ram. ¿No imagináis? Pues sabedlo:
ha citado en las ruinas,
y sé muy bien con qué objeto,
¡a Brígida de Rubín!

Narc. ¡¡A Brígida!!... ¡¡Dios eterno!!...

Ram. ¡A Brígida, sí, a mi amor,
a mi esperanza, a mi anhelo!...

Elena *(Declamando pésimamente.)*
(¡Adora a Brígida!... ¡Ah!
Húndeme en tu abismo, infierno.
¡La adora! Debo morir.
Debo morir, sí; ¿qué espero?)

Sánchez *(Al Comandante.)* ¡Caramba! ¡Qué mal lo hace esta mujer.

Comand. Calle usted, hombre; está para matarla.

Narc. ¿Pero cuál es la intención
de Camprodón, ¡vive el cielo!?

Ram. ¡Seducirla!

Narc. ¿Seducirla?

Ram. ¡Seducirla!

Narc. ¡No lo creo!

Cómo es posible que un noble,
tan noble como Roberto,
cubra su escudo de lodo
y su apellido de cieno.

Ram. Os juro que su intención
es seducirla; mas temo
que no pueda conseguirlo
gracias a mi noble esfuerzo.

Narc. ¿Qué pensáis, Conde?

Ram. ¡Salvarla!

Narc. ¿Tal vez intentáis?...

Ram. ¡Lo intento!

Narc. ¿Pero y si el Marqués?...

Ram. No importa.

Narc. ¿Si él os afirma?...

Ram. ¡Yo niego!

Narc. ¿Y si ella quiere?...

Ram. ¡La mato!

Narc. ¿Y si él suplica?...

Ram. ¡Le reto!

Narc. Temed a la lucha, Conde;
que es el Marqués tan atlético,
que nombre goza en España
y fama en el orbe entero.
«Nunca fuí vencido», dice
su noble escudo, y es cierto.

Ram. *(Latiguilleando con la voz y con la mano derecha.)*
Pues si tal dice su escudo,
el mío, Duque, sabedlo,
dice en un cuartel de gule:
«Los Pérez no tienen pero:
quien quiera ser más que Pérez,
perecerá sin remedio.»
¡Si él es Camprodón, yo soy
seis veces Pérez, y quiero
medir mis armas con él,
y matarle, ¡vive el cielo!

Sánchez ¡Cómo imita a Calvo este muchacho!

Narc. ¡Qué horror! ¡Qué horror!

Elena (¡Virgen santa!)

Narc. No he de asistir al encuentro;
me hace temblar la tragedia
de Marcial y de Roberto.
Vamos, Regina, hija mía.

Elena *(A Ramiro.)*
¿Vos no venís?

Ram. Iré presto;

tengo que restar aquí.

Elena ¿Restar?

Ram. Tan solo un momento.
Es una cuenta...

Narc. *(A Elena.)* Dejadle.

Elena Adiós.

Ram. ¡Adiós!

Elena (¡Oh, qué infierno!
¡No comprende que le adoro!
No ve que por él perezco.
¡Alma! ¿Para qué la vida?
¡Vida! ¿Para qué te quiero?
(Salta el banco que forma la ventana y hace mutis por la derecha tranquilamente y muy estirada.)

Narc. *(Asomándose y hablando hacia abajo.)*
Baja con sumo cuidado,
que está cortado el sendero
a pico, y si te descuidas
ruedas al abismo negro.
(A Ramiro.)
¡Valor, Marcial!

Ram. ¡Noble Duque!...
¡Soy Pérez y caballero!
(Narciso hace mutis también tranquilamente.)
¡Ah! Ven pronto, mi rival,
que hemos de luchar los dos,
por mi mal o por tu mal.
¡Ven, que te espera Marcial!
¡Ven, Roberto, ven por Dios!
(Pausa.)
¿Eh? ¿Qué escucho? ¿Pasos? ¡Sí!
¿Es él acaso?... Sí, él es.
Ya se dirige hacia aquí;
ya se acerca, ya está ahí.
(Cruzándose de brazos.)
¡Que Dios os guarde, Marqués!

Comand. *(Consultando su programa.)* Roberto, señor Laoca.

Sánchez Dicen que es el mejor galán joven de España.

Ram. *(Mirando a la puerta del lateral derecha, que permanece cerrada.)*
¡Que Dios os guarde, Marqués!

Merc. *(A Ceferina, muy apurada.)* ¡Dios mío, Peláez no entra a tiempo!

Cef. ¡La hecatombe!

Ram. *(A gritos.)* ¡Que Dios os guarde, Marqués!
(Se abre la puerta de la izquierda y entra Pe-

láez. El traje Luis XV le sienta como un tiro, y su figura resulta de una ridiculez alarmante. Calza unas botas altas, con espuelas, y, a juzgar por la dificultad con que anda, deben hacerle un daño horrible. Entra lívido y falto de aliento. Durante la escena, dirige, de vez en vez, miradas angustiosas y tristes al apuntador y a la puerta por donde ha salido.)

Gust. *(Asomando la cabeza por la puerta de la izquierda y diciéndole a Peláez, a media voz.)*
¿Usted en mi casa? ¡Cielos!
(Peláez mira a Gustavo, pero no rompe a hablar.)

Const. (¡¡Dioses!! ¿Está ahí la policía?)

Laoca *(Desde la concha, casi gritando a Peláez.)*
¿Usted en mi casa? ¡Cielos!
(Peláez le mira y tampoco habla.)

Ram. Yo en vuestra casa, Marqués.

Peláez *(Mirando a Gustavo y con la mayor naturalidad.)*
Pues juro a Dios que ahora mismo
el polvo vais a morder.

Gust. *(A Peláez, indignado.)* ¡No me mire usted a mí, caramba!... ¡Y muévase usted!

Peláez *(A Ramiro.)*
No me mire usted a mí,
caramba, y muévase usted.

Merc. (¡Jesús!)

Ram. Sé a lo que venís.

Peláez *(Avanzando un paso y tropezando.)*
¡Dios santo!
¿Sabéis acaso?...

Ram. ¡Lo sé!
Sé que intentáis seducir
a una infelice mujer.
¡¡Casi una niña!! ¡Ah, maldito!...
¡Pérfido!
(Peláez baja los ojos humildemente y balancea el sable, que lo trae colgado bastante bajo.)
¡Pérfido! ¿¿Qué??
(Amenazador.)
¡Esa mirada de odio,
no me da miedo, Marqués!

Peláez *(Con la mayor naturalidad y mirando a la concha, porque no oye bien.)*
Marcial, Marcial, no irritadme,

porque ya sabéis, pardiez,
que soy un tigre.

Ram. *(Furioso.)*
¡¡Y yo otro!!

Peláez *(Muy serio.)*
¡Ah!

Ram. ¡Cielos! ¿Ríe? ¿Qué escuché?

Peláez *(Como antes, porque intenta reir, pero no le sale.)*
¡Ah, ah, ah!

Ram. Esas torpes risotadas
me piden, ¡voto a Luzbel!,
que lave en sangre la afrenta,
y en sangre la lavaré.

Laoca *(Apuntando.)*
¡Imprudente

Peláez ¡Imprudente!

Laoca *(Idem.)* ¿Qué habéis dicho?

Peláez ¿Qué habéis dicho?
Podría matar a usted.

Laoca *(Apuntando.)*
¡... un perro!

Peláez ¡¡Un perro!!

Laoca *(Idem.)*
¡Como a un perro!...

Peláez Como a un perro, sí, eso es.

Ram. ¡Camprodón, poneos en guardia!

Peláez ¡No quiero, no!

Ram. Pues ¡tened!...
(Le da a Peláez una bofetada de las de tres en libra, que diría Laoca. Como Peláez no aguardaba esta acometida, casi pierde el equilibrio.)

Laoca *(Apuntando.)* ¡Esto es ya demasiado!

Peláez *(A Laoca.)* Eso digo yo, caray. *(A Ramiro.)* ¡Esto ya es demasiado!

Laoca ¡El revólver, señor Peláez!

Peláez ¿Eh?

Gust. *(Asomando un poco la cabeza.)* ¡¡El revólver!!

Laoca ¡El revólver!

Peláez *(Cayendo en la cuenta.)* ¡Ah! *(Busca su revólver, haciéndose un lío. Lo encuentra, y con todo género de precauciones y haciendo una mueca de terror, dispara. El tiro falla. Vuelve a tirar por segunda vez, y falla igualmente. Desesperado entonces, queda con el*

brazo extendido, dirigiendo miradas suplicantes a Ramiro. Este no sabe qué decir ni qué hacer. Por último dice Peláez muy débilmente.) ¡Vaya, está usted muerto! *(Ramiro se lleva una mano al pecho y cae al suelo aparatosamente. Peláez respira como si le hubieran quitado de encima un baúl lleno de libros escritos por Alsina y Borrás.)* ¡Le he matado! ¡Sí! ¡Qué horror!

Laoca *(Desde la concha.)* ¡El cadáver!

Gust. *(Desde el lateral.)* ¡El cadáver!

Peláez

¡El cadáver! ¡Oh! ¿Qué haré?
¡Ilumíname, Señor!
Quiso ser mi matador
y víctima mía fué.
Mi culpa he de confesar
al obispo sufragáneo,
¿Mas dónde le he de ocultar?...
¡Cielos! ¡En el subterráneo!
Le arrastraré hasta el brocal,
cosa para mí ligera,
pues tengo una fuerza tal
que con cien Condes pudiera.

(Con muchísimo trabajo, porque no tiene fuerzas, arrastra a Ramiro hacia la puerta de la derecha.)

Laoca ¡A la del foro, Peláez!

Gust. ¡A la puerta del foro!

Laoca ¡A la del foro!

Peláez *(Sin hacer maldito el caso y descansando cerca ya de la puerta de la derecha.)*

¡Pobre Marcial! Sin razón
te opusiste a mi dictado
y el plomo mío te ha dado
en mitad del corazón.

(Por la puerta de la derecha asoman varios brazos, que tiran de Ramiro y lo sacan de escena. Gustavo toca las palmas entre bastidores, imitando el galope de un caballo que se acerca.)

¡Ay de mí! Tiemblo de frío,
fuera de mi ser me hallo...

(Oyendo con la mano en la oreja.)

¿Pero qué escucho, Dios mío?
¡El galope de un caballo!

(Se acerca a la ventana, se quita el sombre-

ro, arregla bien un papel que lleva dentro del mismo, y lee mal, pero de prisa.)

¡Es ella! ¡Brígida! ¡Ah!
¡Por fin! ¡Cuán hermosa! ¡Oh!
¡Brígida! ¡Brígida! Ya
puedo estar ufano yo.

Comand. Vamos, parece que se va animando.

Peláez Ya del caballo se apea
y se adentra por la viña.
¡Es una niña! ¡Una niña!
Mira hacia aquí... Que me vea.

(Hace señas y tira besos hacia dentro.)

(Entretanto, Virginia penetra en escena por la puerta de la izquierda. Virginia trae puesto el traje de amazona de Mercedes; por todas partes le viene corto y estrecho. Su figura es tan ridícula que, Peláez con ser Peláez, resulta a su lado una especie de Petronio. Trae una fusta en la mano, y al entrar queda junto al umbral, rígida, inmóvil, como el Comendador cuando se filtra por las paredes, Constantino, al entrar Virginia, aplaude calurosamente.)

Sánchez ¡Qué atrocidad! ¡Cómo ha cambiado esta Floriana!

Comand. ¡Caramba! ¿Y de la niña, qué? Vaya un estafermo.

Sánchez Se conoce que durante estos seis años ha debido correrla bien.

Merc. ¡Qué espanto!

Peláez *(Mirando siempre hacia abajo y sin advertir la presencia de Virginia.)*

Con el traje de amazona
más me gusta y más me engríe
y más mi juicio amontona.
¡Me sonríe!... ¡Me sonríe!...

Comand. ¿Pero quién le sonríe, el caballo?

(Virginia tose ligeramente para advertir a Peláez su presencia.)

Peláez *(Volviéndose rápidamente.)* ¡Ah, vaya! ¡Estaba usted ahí!

(Al volverse se le cae el sombrero, y de él se desprende el papel en que leía. Recoge el sombrero y no el papel. Avanza hacia Virginia con la cara apuradísima.)

¡Oh, Condesa de Wandría!...

(Mira con pena al papel que se le cayó.)

Laoca *(Apuntando.)*
¡Ustez!... ¡Ustez en Almabra!...
Virg. *(Muy bajito.)*
Le dije a usted que vendría.
Una voz *(En el público.)* ¡Más alto!
Virg. *(En tono destemplado.)*
Le dije a usted que vendría
y le cumplo mi palabra.
Sánchez Esta imita a la Guerrero; fíjese usted.
Peláez ¡Ah, Condesa!... ¡Cielos!...
Laoca *(Apuntando.)* ¡Oh!
Peláez ¿Eh?
Laoca *(Idem.)* ¡Oh!
Peláez ¡Ah!... *(Declamando.)* ¡Oh!
Gust. *(Apuntando.)*
¡Usted y el muerto! ¡Ay de mí!
Laoca *(Idem.)*
¿Tiembla usted, Roberto?
Virg. ¡No!
Peláez *(A Virginia.)* Eso es mío.
Virg. Sí tiembla, sí tiembla, sí.
Virg. *(A Laoca.)* Aligere usted; vamos al final.
Laoca *(Apuntando.)*
¿Pero qué os pasa?
Virg. *(A Laoca.)* Que como no sabemos una palabra...
Laoca Imbécil, que estoy apuntando.
¿Pero qué os pasa?
Virg. *(Declamando.)*
¿Pero qué os pasa?
Peláez ¡Un vapor!
Virg. ¿Esto es locura?
Peláez Lo es.
Mira a mi perjuro amor
de rodillas y a tus pies.
Virg. ¡Ah, Marqués! ¿Y mi Marcial?
¿No oye una voz que le grita?
Peláez *(Por la concha.)* Sí, sí que me grita, pero no entiendo una palabra.
Virg. ¡Roberto! ¿Y mi Marcial?
Peláez ¡Ah! ¡Tu Marcial! ¡Miserable!
¿Quieres presenciar tu mal?
Sánchez *(Al Comandante.)* Verá usted qué efecto; ahora le enseña el cadáver.
Peláez *(Abriendo la puerta de la derecha.)*
¡Mira, mira a tu Marcial!...
Felíc. *(Entrando en escena.)* No me esperaba usted, ¿verdad?

Peláez ¡¡Doña Felícula!!

Felíc. *(Al público.)* Señores: vean ustedes hasta dónde llega la bajeza de un juez.

Const. *(Aplaudiendo.)* ¡Bravo!

Felíc. Y todo para engañar a un pobre señor ruso que es un idiota.

Merc. (¡Dios mío!)

Gust. *(Entrando en escena y cogiendo a Felícula por un brazo.)* ¡Señora!...

Felíc. Para engañar al conde de Kolbansow; el marido de Floriana.

Const. ¡¡Dioses!!

Felíc. *(Encarándose con Constantino.)* Sí; ante todo el público lo digo. Vuestra esposa es la amante de Alberto Aburejo, el juez de Albacete.

Const. ¡Dónde! ¿Dónde está ese Aburejo?

Felíc. *(Por Peláez.)* Helo aquí.

Alb. *(Desde el público.)* ¡Falso! ¡Eso es falso! Yo estoy en mi butaca.

Felíc. *(Arrancándole a Peláez la barba.)* ¿Quién es usted entonces?

Sánchez ¡Peláez!

Comand. ¡Es Peláez!... ¡Fuera!

Gust. *(A Felícula.)* ¡Vamos de aquí, señora!

Const. *(Que ha saltado a la escena, sujetando a Felícula.)* ¡Quieto, señor policía! *(Los detiene.)* Respetable público: esta señora rectifica o la estrangulo.

Alb. *(Desde las butacas.)* ¡Que la estrangule!

Felíc. A quien debe usted estrangular es a esa. *(Por Virginia.)* A su esposa.

Comand. ¡Qué escándalo! Todos a la cárcel, señor Inspector.

Sánchez ¡Ahora mismo! *(Salta a la escena.)*

Laoca *(Saliendo de la concha.)* ¡Que echen el telón!

Amb. *(Entrando en escena por el foro, con los pelos en desorden y muy descompuesto.)* ¡¡Quietos!! ¡¡Quietos!!

Merc. ¡Dios mío!

Amb. *(Nerviosamente.)* Res... petable público; no haya escándalo. Ahora se devolverá a cada espectador, el... la... lo... lo que vale su localidad. Al que haya venido con vale no se le devolverá nada, porque el vale no... El vale no vale. Perdonen, pero aunque estoy muy nervioso quiero explicar lo ocurrido. Esta birria *(Por Virginia.)* no es Floriana, ni este

tío patudo *(Por Peláez.)* es Laoca. Laoca es ésta *(Por Laoca.)*, digo, éste, y Florania es esta señora que está en esta platea.

Const. ¡¡Cielos!!

Amb. No ha querido trabajar para que su esposo, que es este ruso... ¡qué ruso, este chaleco de fantasía!, no sepa que es actriz.

Const. ¡Ella actriz! ¡Ella Floriana! Respetable público...

Amb. ¡Usted se calla!

Sánchez ¡Se callan todos! Respetable público...

Amb. / **Const.** ¡Respetable público!

Comand. ¡Que hablé uno solo!

Const. ¡¡Yo!! Respetable público: Vengan ustedes mañana y verán a Floriana, a la gentil Floriana, hacer el papel de Brígida en «El Castillo de los Ultrajes». Yo, su esposo, el Conde de Kolbansow, la autorizo. Para mí el arte es lo primero.

Merc. *(Que ha entrado en escena.)* ¡Constantino!

Cef. *(Idem.)* ¡Oh! ¡Qué espíritu tan moderno!

Alb. *(Desde las butacas.)* ¡Que baile el Conde!

Comand. Sí, que baile.

Const. Señores, bailar no sé; pero si ustedes quieren les recitaré unos versos de Vellido Delfos *(Se dispone a recitar.)*

Todos ¡No! ¡No!... *(Se le echan encima y se lo impiden.)*

Peláez *(Dirigiéndose a Alberto, que aún estará en butacas.)* ¡Don Alberto! ¡Che, don Alberto!... ¿Qué le parece a usted que haga?

Alb. ¡¡Vaya usted a paseo!!

Peláez Ahora mismo. Muy buenas noches. *(Haciendo mutis.)* Me van a tirar piedras por la calle, pero a paseo, a paseo.

Amb. *(Al público.)* Hasta mañana, señores, y puesto que la representación ha terminado como las antiguas farsas, pediré, como en ellas, un aplauso.—*Telón.*

FIN DEL JUGUETE

Obras de Pedro Muñoz Seca

Las guerreras, juguete cómico-lírico. Música del maestro Manuel del Castillo.

El contrabando, sainete. (Undécima edición.)

De balcón a balcón, entremés en prosa. (Tercera edición.)

Manolo el afilador, sainete en tres cuadros. Música de los maestros Barrera y Gay.

El contrabando, sainete lírico. Música de los maestros José Serrano y José Fernández Pacheco. (Sexta edición.)

La casa de la juerga, sainete lírico en tres cuadros. Música de los maestros Quinito Valverde y Juan Gay.

El triunfo de Venus, zarzuela cómica en cinco cuadros. Música del maestro Ruperto Chapí.

Una lectura, entremés en prosa. (Segunda edición.)

Celos, entremés en prosa. (Segunda edición.)

Las tres cosas de Jerez, zarzuela en cuatro cuadros. Música del maestro Amadeo Vives.

El lagar, zarzuela en tres cuadros. Música de los maestros Guervós y Carbonell.

A prima fija, entremés en prosa.

El niño de San Antonio, sainete lírico en tres cuadros. Música del maestro Saco del Valle.

Floriana, juguete cómico en cuatro actos, adaptado del francés.

Los apuros de Don Cleto, juguete cómico en un acto.

Mentir a tiempo, entremés en prosa.

El naranjal, zarzuela cómica en un acto y un solo cuadro. Música del maestro Saco del Valle.

Don Pedro el Cruel, zarzuela cómica en un acto y un solo cuadro. Música del maestro Saco del Valle.

El fotógrafo, juguete cómico en un acto.

El jilguerillo de los Parrales, sainete en un acto.

La neurastenia de Satanás, zarzuela cómica en cinco cuadros. Música de los maestros Saco del Valle y Foglietti.

Mari-Nieves, zarzuela en cuatro cuadros. Música del maestro Saco del Valle.

Tentaruja y Compañía, pasillo con música del maestro Roberto Ortells.

¡Por peteneras!, sainete lírico. Música del maestro Rafael Calleja. (Segunda edición.)

La canción húngara, opereta en cinco cuadros. Música del maestro Pablo Luna.

La mujer romántica, opereta en tres actos, adaptación española.

El medio ambiente, comedia en dos actos.

Coba fina, sainete en un acto. (Segunda edición.)

Las cosas de la vida, juguete cómico en dos actos. (Segunda edición.)

La nicotina, sainete en prosa.

Trampa y cartón, juguete cómico en dos actos. (Cuarta edición.)

La cucaña de Solarillo, zarzuela en un acto. Música del maestro Pablo Luna.

El modelo de Virtudes, juguete cómico en dos actos.

López de Coria, juguete cómico en dos actos.

El bien público, sátira en dos actos.

El milagro del santo, entremés en prosa.

El incendio de Roma, juguete cómico con música del maestro Barrera.

El Pajarito, comedia en dos actos.

El paño de lágrimas, juguete cómico en tres actos.

Fúcar XXI, disparate cómico en dos actos.

Pastor y Borrego, juguete cómico en dos actos. (Segunda edición.)

La niña de las planchas, entremés lírico.

Cachivache, sainete lírico. Música del maestro Rafael Calleja.

Naide es na, sainete en un acto y tres cuadros. Música del maestro Taboada Steger.

El roble de «La Jarosa», comedia en tres actos.

La frescura de Lafuente, juguete cómico en tres actos. (Segunda edición.)

La casa de los crímenes, juguete cómico en un acto. (Segunda edición.)

La perla ambarina, juguete cómico en dos actos.

La Remolino, sainete en un acto. (Segunda edición.)

Lolita Tenorio, comedia en dos actos.

Los que fueron, entremés en prosa.

La escala de Milán, apropósito.

La Conferencia de Algeciras, apropósito.

El verdugo de Sevilla, casi sainete en tres actos y en prosa. (Cuarta edición.)

Doña María Coronel, comedia en dos actos. (Segunda edición.)

El Príncipe Juanón, comedia dramática en tres actos y prosa.

El último Bravo, juguete cómico en tres actos. (Segunda edición.)

La locura de Madrid, juguete cómico en dos actos.

Hugo de Montreux, melodrama en cuatro actos.

El marido de la Engracia, sainete en un acto, dividido en tres cuadros, en prosa, música de los maestros Barrera y Taboada Steger.

La traición, melodrama en tres actos.

Los cuatro Robinsones, juguete cómico en tres actos y en prosa.

Adán y Evans, monólogo.

El rayo, juguete cómico en tres actos y en prosa. (Cuarta edición.)

El sueño de Valdivia, sainete en un acto. (Segunda edición.)

Albi-Melén, obra de Pascuas, en dos actos, divididos en cuatro cuadros, música del maestro Calleja.

El último pecado, comedia en tres actos y un epílogo. (Segunda edición.)

John y Thum, disparate cómico-lírico-bailable en dos actos, divididos en seis cuadros. (Segunda edición.)

Los rifeños, entremés en prosa.

El voto de Santiago, comedia en dos actos. (Segunda edición.)

El teniente alcalde de Zalamea, juguete cómico en un acto.

De rodillas y a tus pies, entremés.

La casona, comedia dramática en dos actos.

Los pergaminos, juguete cómico en tres actos. (Segunda edición.)

Garabito, chascarrillo en prosa.

La barba de Carrillo, juguete cómico en tres actos. (Tercera edición.)

La fórmula 3 K^3, disparate en un acto. (Segunda edición.)

Las famosas asturianas, comedia en tres actos, de Lope de Vega. Refundición.

La venganza de Don Mendo, caricatura de tragedia en cuatro jornadas, original, escrita en verso, con algún que otro ripio. (Sexta edición.)

La verdad de la mentira, comedia en tres actos. (Segunda edición.)

Un drama de Calderón, juguete cómico en dos actos. (Tercera edición.)

Trianerías, sainete en dos actos, divididos en seis cuadros, con ilustraciones musicales de Amadeo Vives.

Los planes de Milagritos, apunte de sainete.

Las verónicas, juguete cómico-lírico en tres actos. Música de Amadeo Vives.

La Tiziana, entremés, con música de Manuel Font.

El mal rato, paso de comedia.

Faustina, juguete cómico en tres actos. (Tercera edición.)

La razón de la locura, comedia gran guiñolesca en tres actos. (Tercera edición.)

Los amigos del alma, juguete cómico en dos actos. (Tercera edición.)

El colmillo de Buda, juguete cómico en tres actos y en prosa. (Segunda edición.)

El condado de Mairena, comedia en tres actos y en prosa. (Tercera edición.)

Pepe Conde o El mentir de las estrellas, sainete en seis cuadros, dispuestos en dos actos. (Tercera edición.)

La plancha de la Marquesa, juguete cómico en un acto y en prosa. (Segunda edición.)

Martingalas, juguete cómico en dos actos. (Tercera edición.)

El clima de Pamplona, juguete cómico en tres actos. (Segunda edición.)

La mujer, paso de comedia.

Sanjuán y Sampedro, entremés en prosa. (Segunda edición.)

Trampa y cartón, juguete cómico en dos actos. Refundición hecha para zarzuela, con música del maestro Taboada Steger.

Los misterios de Laguardia, juguete cómico en tres actos. (Segunda edición.)

La cartera del muerto, comedia dramática en tres actos.

San Pérez, juguete cómico en tres actos.

El parque de Sevilla, zarzuela en dos actos.

El Castillo de los Ultrajes, juguete cómico en tres actos, adaptado del francés.

Cuentos y cosas, colección de cuentos, entremeses y monólogos.

3 0112 117479896

Preci[illegible] [illegible]setas